

---

## BORGES, UN TAHÚR EN LA CORTE DEL REY ASSURBANIPAL

Salomé Guadalupe Ingelmo  
(Universidad Autónoma de Madrid)

Reliquias reservadas  
de las iras de Dios, ejecutadas  
justa y divinamente  
en cuanto humano fue, cuanto viviente...  
*La torre de Babilonia, P. Calderón de la Barca*

### RESUMEN

La biblioteca de Babel y La lotería de Babilonia, quizá entre los títulos más recordados de Borges, son sólo dos testimonios del interés que el autor nutrió hacia el mundo próximo-oriental. No se trata de un hecho puntual o meramente anecdótico; no son pocas las menciones o alusiones a la cultura mesopotámica no sólo en sus relatos, sino también en sus poemas y ensayos. Y si hacemos extensivo el concepto de mesopotámico al mundo de la periferia próximo-oriental, en concreto al antiguo Israel o incluso a la antigua Arabia, las referencias se multiplican vertiginosamente.

El objeto del presente artículo será indagar sobre los motivos que llevaron al erudito Borges, al escritor de saber enciclopédico, a sentirse atraído por la antigua Mesopotamia. Así como esclarecer el significado o los significados que este ámbito espacio-temporal adquiere en su obra literaria, en particular en su producción narrativa.

### ABSTRACT

The Library of Babel and The Lottery in Babylon, perhaps among the most popular titles written by Borges, are just two traces of interest that the author developed for the Near East. It is not a single event or a mere anecdote, there is no shortage of references or allusions to the Mesopotamian culture not only in his short stories, but also in his poems and essays. And if we include in the concept of "Mesopotamian" also near eastern periphery, specifically ancient Israel or even ancient Arabia, references increase in a dizzying fashion.

The purpose of this article will be to explore the reasons that led the erudite Borges, the writer of encyclopedic knowledge, to be attracted to ancient Mesopotamia. As well as clarify the meaning or meanings that this spatiotemporal framework acquires in his writing, especially in his narrative production.

### PALABRAS CLAVE

La biblioteca de Babel, La lotería de Babilonia, Los dos reyes y los dos laberintos, Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, *literatura fantástica inglesa, antiguo Israel, antigua Arabia, Uqbar, The Anglo-American Cyclopaedia, Poema de Gilgamesh, Biblia, Las mil y una noches, Cábala, laberinto, espejo, Xul Solar, Chesterton, Leonard Woolley, Ur of the Chaldees, biblioteca de Assurbanipal, La Torre de Babel, Pieter Brueghel El Viejo, paradigma del caos, símbolo de la soberbia, despotismo oriental, regímenes dictatoriales del siglo XX, tablillas psefománticas, juego de dados, funcionario epónimo paleo-asirio.*

### KEYWORDS

The Library of Babel, The Lottery in Babylon, The Two Kings and their Two Labyrinths, Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, *american and british fantastic and mystery literature, ancient Israel, ancient Arabia, Uqbar, The Anglo-American Cyclopaedia, Epic of Gilgamesh, Bible, One Thousand and One Nights, Kabbalah, labyrinth, mirror, Xul Solar, Chesterton, Leonard Woolley, Ur of the Chaldees, library of Ashurbanipal, The Tower of Babel, Pieter Brueghel the Elder, 20th century dictatorial regimes, psephomantic tablets, dice game, paleo-assyrian eponymous official.*



*Jorge Luis Borges con veintiún años.*

## ANTECEDENTES Y DIVERGENCIAS: BORGES Y EL GÉNERO FANTÁSTICO

Como cualquier escritor, Borges fue un ávido lector –hasta el punto de contravenir las indicaciones de su oftalmólogo<sup>1</sup>–. Y como cualquier creador, no pudo evitar ser moldeado, en parte, por sus lecturas.

Borges siempre afirmó la superioridad de la literatura inglesa –“la más rica del mundo”, según sus propias palabras– por encima de todas las demás, incluida la española<sup>2</sup>. Afirmaciones tan arbitrarias y controvertidas deben de haber sido fruto de su temprana y estrecha relación con la lengua inglesa. Edward Young Haslam, su bisabuelo paterno, fue un poeta romántico que editó uno de los primeros periódicos ingleses del Río de Plata, el *Southern Cross*. Borges, de ascendencia española, portuguesa e inglesa, se crió en el barrio porteño de Palermo hablando tanto el inglés como el español. Ya anciano, cuando se le interrogaba sobre el peso que en su paisaje interior habían tenido el inglés y el español, Borges, a pesar de ser un autor de habla hispana, reconocía haber leído casi todo en inglés. Por lo que consideraba que cuanto de inglés había en él, había tenido un mayor peso en su vida que cuanto de español pudiese haber<sup>3</sup>. En su prólogo al libro *Evaristo Carriego*, en su edición de las *Obras Completas*, escribía Borges: “*Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses*”. En inglés, el idioma de infancia compartida, ya anciano y ciego, le leía su hermana cuando iba a visitarle<sup>4</sup>.

El propio Borges reconocía sentirse muy orgulloso de su sangre inglesa<sup>5</sup>. Por eso, para sus familiares y amigos, fue Georgie de niño y aún durante bastante tiempo<sup>6</sup>. En 1905 comenzó a tomar sus primeras lecciones con una institutriz británica. Al año siguiente

<sup>1</sup> Supongo que, sabiéndose condenado de antemano a la ceguera, aunque no desease acelerar el proceso, le resultaría difícil renunciar a uno de sus mayores placeres, quizá el mayor. “*No hizo nada para evitarlo, más bien ayudó, sin quererlo por supuesto, al destino. A fines de la década de los cuarenta o principios de los años cincuenta viajó en tren a la ciudad balneario de Mar del Plata. Llevaba consigo una novela policial apasionante. Antes de que el tren partiera de la estación de Constitución, había empezado a leer. El oculista le había recomendado que no leyera con poca o mala luz; Borges, entregado con fervor a la lectura, se olvidó de las recomendaciones y siguió leyendo hasta que se hizo de noche, apoyado contra el cristal de la ventanilla para aprovechar mejor la luz del crepúsculo. Terminó la novela casi a oscuras, más que viéndolas, adivinando las letras. Cerró los ojos cansados y, cuando los abrió, tenía delante un festival de luces de colores que se movían brillantes y hermosísimas; eso duró un momento, después se hizo la oscuridad.* (María Esther Vázquez, *Borges: esplendor y derrota*, Tusquets editores, Barcelona, 1996, p. 24).

<sup>2</sup> Dicho sea de paso, muchos de sus detractores le acusan de haber despreciado las letras hispánicas. Lo que le granjeó y le sigue granjeando no pocas antipatías e incluso elocuentes epítetos, como el que le dedicaba Arturo Pérez Reverte, al hilo de ese argumento, durante una rueda de preguntas en la Feria del Libro de Buenos Aires –éa que tanto dio que hablar a éste y al otro lado del océano– y que me abstendré de repetir. Lo cierto es que Borges no se privó de hacer comentarios poco afortunados en algunos de sus ensayos y charlas. Incluso en *La otra muerte* podemos leer: “*la literatura española era tan tediosa que hacía innecesario a Emerson*”. Y en *El duelo*: “*Los diarios habían puesto a su alcance páginas de Lugones y del madrileño Ortega y Gasset; el estilo de esos maestros confirmó su sospecha de que la lengua a la que estaba predestinada es menos apta para la expresión del pensamiento o de las pasiones que para la vanidad palabrera*”.

<sup>3</sup> *Borges el memorioso: Conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo*, FCE, México 1982, p. 57.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 56. Paradójicamente esa rama inglesa de su familia, que tanto lo iluminó en algunos sentidos, acabó sumiéndolo en la oscuridad a la larga: la enfermedad degenerativa que lo dejó ciego fue herencia de su padre, y había afectado ya antes a su abuela paterna y a su bisabuelo, todos de la rama inglesa de la familia.

<sup>6</sup> James Woodall, *La vida de Jorge Luis Borges: el hombre en el espejo del libro*, Gedisa, Barcelona 1996, p. 24.

escribió su primer relato, *La visera fatal*, siguiendo páginas de *El Quijote*, que curiosamente leyó por primera vez en lengua inglesa<sup>7</sup>. A los nueve años tradujo del inglés *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde, texto que se publicó en el periódico porteño *El País* el 25 de junio de 1910.

Mucho después, tras sufrir las represalias del peronismo que le privaron de su puesto como funcionario de bibliotecas<sup>8</sup>, se convertiría en profesor de Literatura Inglesa en la Sociedad Argentina de Cultura Inglesa. Al tiempo dio charlas sobre Literatura Clásica Norteamericana en el Colegio Libre de Estudios Superiores. En 1955 el gobierno de transición del general Leonardi le nombra director de la Biblioteca Nacional, cargo en el que se mantuvo hasta 1973, año en el que, impulsado por el regreso de un gobierno peronista, pidió la jubilación. En 1956 se le nombra profesor de Literatura Inglesa y Norteamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, puesto en el que continuó hasta 1968.

Su vasto conocimiento de la literatura en lengua inglesa -que superaba con creces el que pudiese tener sobre literatura en lengua española<sup>9</sup>- quedó plasmado en una *Introducción a la literatura inglesa* y en una *Introducción a la literatura norteamericana*.

Ese incondicional amor por la literatura inglesa le llevaba en 1958, ya ciego, a emprende junto a un grupo de alumnos el estudio del anglosajón. En parte, además, como ejercicio intelectual para mantener activa esa memoria que tanto le obsesionaba<sup>10</sup>, también

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>8</sup> Al ofrecerle un “ascenso” a cargo de inspector de aves, conejos y huevos para un mercado, hecho que le llevó a renunciar, el régimen en realidad le hizo un favor: acabó impulsando su carrera literaria y ofreciéndole el valor necesario para abandonar su puesto en la Biblioteca Miguel Cané, donde pasó años realmente tristes en un ambiente que describe como frustrante y casi sórdido.

<sup>9</sup> O al menos eso declaraba Borges públicamente, fuese fruto la confesión de un ejercicio de esnobismo o no. Lo cierto es que Borges se decía “muy ignorante” en materia de literatura hispanoamericana (*Borges el memorioso*, *op. cit.*, p. 81). Aunque en un hombre de la cultura de Borges tal afirmación habría de ser, obviamente, muy matizada. No es de excluir que, en parte, este género de declaraciones respondiesen a un modo “cortés”, ese adjetivo que a él le gustaba tanto, de eludir un exceso de preguntas incómodas sobre el resto de escritores. Si bien es sabido que, en su faceta de crítico, no parecía tener pelos en la lengua. En cualquier caso, en esa entrevista, en la que se le estaba preguntando su parecer sobre diversos escritores hispanoamericanos, él justificaba esa presunta ignorancia del siguiente modo:

*Carrizo: ¡Ah. . . ! ¿Y Vargas Llosa?*

*Borges: No, a ése no lo conozco. Claro, porque yo perdí la vista el año 1955. Y me dediqué a releer. Porque tenía poco tiempo. Venían a verme amigos a casa y yo no quería perder tiempo ensayando lecturas nuevas y azarosas. En cambio, sabía que si me leían a Conrad, o me leían a Kipling, o me leían a Groussac, yo estaba oyendo algo que merecía ser leído de nuevo. De modo que yo soy muy ignorante en lo que se refiere a letras hispanoamericanas.*

<sup>10</sup> “Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, sólo un hombre en la tierra tuvo derecho y ese hombre ha muerto) con una oscura pasionaria en la mano...”, de *Funes el memorioso*, cuyo protagonista considera un precio mínimo haber quedado tullido de por vida a causa de un rayo, pues a cambio ha conquistado una memoria prodigiosa. Una bella exaltación de la memoria -y al tiempo, de la meticulosidad en la escritura de una obra y del buen conocimiento de la misma por parte del autor- se introduce en *El milagro secreto*, cuando al final del relato al protagonista le es concedido por Dios el año necesario para acabar su obra literaria. El pelotón de fusilamiento se paraliza mientras el escritor judío, sin más armas que su memoria, escribe y corrige en ésta su drama hasta considerarlo perfecto: “No disponía de otro documento que la memoria; el aprendizaje de cada hexámetro que agregaba le impuso un afortunado rigor que no sospechan quienes aventuran y olvidan párrafos interinos y vagos.”. Resulta también muy llamativo cómo el protagonista de *La escritura de Dios*, que vive relegado en las tinieblas de su cárcel, recurre a la memoria para evitar la locura, obligándose a recordar todo cuanto sabía.

como suplente de su perdida vista<sup>11</sup>. Queda Borges como ejemplo de saber enciclopédico<sup>12</sup>, como uno de los mayores eruditos del siglo XX. Convirtiéndose casi en un arquetipo encarnado, el de memorioso aedo. Como Homero<sup>13</sup>, que de hecho parece ser el protagonista de su relato *El hacedor*, donde se explora la aceptación del descenso progresivo a la ceguera; el aprendizaje de una nueva forma de mirar la realidad con los ojos de la memoria. Hasta tal punto es cierta esta afirmación que las conversaciones que Carrizo publicase se titularon, precisamente, *Borges “el memorioso”*.

Pero esa memoria tan deseada y cultivada, paradójicamente, parece convertirse en un equipaje demasiado pesado al final de sus días, como se evidencia en su último relato *La memoria de Shakespeare*<sup>14</sup>. A esa memoria conquistada con esfuerzo, gustoso habría renunciado al final: “Yo había imaginado disciplinas para despertar la antigua memoria; hube de buscar otras para borrarla”, dice el protagonista de este relato. “La identidad personal se basa en la memoria”, afirma el personaje. Por eso resulta tan significativo que, llegado al final del trayecto, Borges “el memorioso”, el mismo que reconoce haber cometido el pecado de no ser feliz, desee por primera vez el olvido<sup>15</sup>.

Si Borges disfrutaba de la literatura en inglés en general, no es menos cierto que apreciaba especialmente el género de terror. Y si bien admiraba a muchos autores sin duda admirables, quizá uno encendió especialmente su entusiasmo. De los muchos autores de lengua inglesa que cautivaron a Borges, Poe, al que consideró un maestro en el género policial y un benefactor valiosísimo para el género poético, parece ganarse un lugar especial. Las alusiones abiertas o veladas al maestro del terror son abundantes en la obra

<sup>11</sup> Como claramente parece demostrar el comienzo de su relato *El hacedor*, donde su protagonista aprende a valorar la memoria al perder la vista: “Nunca se había demorado en los goces de la memoria. Las impresiones resbalaban por él, momentáneas y vívidas; el bermellón de un alfarero, la bóveda cargada de estrellas que también eran dioses, la luna, de la que había caído un león, la lisura del mármol bajo las lentas yemas sensibles, el calor de la carne de jabalí, que le gustaba desgarrar con dentelladas blancas y bruscas, una palabra fenicia... Gradualmente, el hermoso universo fue abandonándolo; una terca neblina le borró las líneas de la mano, la noche se despobló de estrellas, la tierra era insegura bajo sus pies. Todo se alejaba y se confundía. Cuando supo que se estaba quedando ciego, gritó; el pudor estoico no había sido aún inventado y Héctor podía huir sin desmedro. Ya no veré (sintió) ni el cielo lleno de pavor mitológico, ni esta cara que los años transformarán. Días y noches pasaron sobre esa desesperación de su carne, pero una mañana se despertó, miró (ya sin asombro) las borrosas cosas que lo rodeaban e inexplicablemente sintió, como quien reconoce una música o una voz, que ya le había ocurrido todo eso y que lo había encarado con temor, pero también con júbilo, esperanza y curiosidad. Entonces descendió a su memoria, que le pareció interminable, y logró sacar de aquel vértigo el recuerdo perdido que relució como una moneda bajo la lluvia, acaso porque nunca lo había mirado, salvo quizá, en un sueño”.

<sup>12</sup> El mismo autor, cuando se le preguntaba qué libros tenía en su casa durante una entrevista, respondía: “Tengo ante todo –según dicen mis detractores, que dicen la verdad– tengo, ante todo, enciclopedias... Creo que son la mejor lectura. Sobre todo para un hombre, digamos, semiinstruido como yo” (*Borges el memorioso*, op. cit., p. 298).

<sup>13</sup> Curiosamente el propio Borges bromeaba sobre ello: “Cuando se le acercaba la gente y, al saludarlo, él percibía ese sentimiento admirativo, solía comentar que lo veían como a un “viejo poeta ciego, una especie de Homero criollo” y se reía de su propia broma”. (María Esther Vázquez, op. cit., p. 24).

<sup>14</sup> En el que el protagonista, que ha decidido aceptar la memoria de Shakespeare, finalmente se ve abrumado por ésta: “A medida que transcurren los años, todo hombre está obligado a sobrellevar la creciente carga de su memoria. Dos me agobiaban, confundiéndose a veces: la mía y la del otro, incomunicable.” Hasta que el personaje decide deshacerse de ella traspasándola a otro, un desconocido que acepta incautamente la manzana envenenada.

<sup>15</sup> Un lenitivo olvido o pérdida de la conciencia que, en el desenlace de *El zahir*, parece representar la fusión final con Dios: “Para perderse en Dios, los sufíes repiten su propio nombre o los noventa y nueve nombres divinos hasta que éstos ya nada quieren decir. Yo anhelo recorrer esa senda. Quizá yo acabe por gastar el Zahir a fuerza de pensarlo y de repensarlo, quizá detrás de la moneda esté Dios”.

de Borges. Además algunos estudiosos de su figura han subrayado las semejanzas entre ambos autores a la hora de ejercer la crítica literaria: especialmente inflexibles e incluso agresivos, lo que les granjeó a ambos las antipatías de algunos de sus coetáneos<sup>16</sup>. Por otro lado parece bastante razonable que Borges, tan lógico y aparentemente calculador, se identificase especialmente con Poe; pues en su tiempo éste revalorizó el plano racional en el proceso creativo del escritor, entendiendo la literatura como un laborioso y riguroso ejercicio intelectual que poco tiene que ver con la inspiración o la improvisación<sup>17</sup>.

Borges, el gran aficionado a la literatura de terror, tuvo que haber disfrutado, por tanto, de todas esas obras en las que grandes autores de las letras inglesas alimentaron las pesadillas de sus lectores con tramas urdidas alrededor del misterioso Oriente Antiguo. En el siglo XIX, seguramente impulsado por los descubrimientos arqueológicos, se observa el florecimiento de un gusto por lo próximo-oriental, en concreto de lo egipcio, en la literatura de lengua inglesa. Aunque puede hacerse extensivo también, en menor medida, a la francesa. Ese interés, reflejo de la expectación que se había creado en la sociedad en general, fue creciendo hasta alcanzar su culmen con la excavación de la tumba de Tutankhamon por Carter. La figura de la momia prolifera por doquier en la literatura, pero circunscrita al ámbito del género fantástico y de terror. Los grandes maestros nos han legado piezas deliciosas como *El pie de la momia* (*Le pied de momie*), de Théophile Gautier. Incluso algunos, en una línea más racionalista acorde con la adoptada por Conan Doyle -que nos regaló los que para mi gusto siguen siendo los mejores relatos de momias- en sus historias de Sherlock Holmes, piezas de terror sólo en apariencia, en las que saqueadores de tumbas se amparan en las supercherías populares para seguir cometiendo sus fechorías libremente. Como en *Amantes desde la tumba*, de Edgar Hoffman Price<sup>18</sup>. Entre las muchas obras en las que la momia -o el mundo del antiguo Egipto de una forma más vaga- es protagonista, podemos citar: *Monos* (*Monkeys*) de Edward Frederic Benson, *Bajo las pirámides* (*Under de pyramids*, que en algunas ediciones fue titulado *Imprisoned with the pharaohs* o incluso *Entombed with the pharaohs*) de Howard Philip Lovecraft, *La historia de Baelbrow* (*The story of Baelbrow*) de Hesketh Vernon Hesketh Prichard y Katherine Prichard, *Mi víspera de año nuevo entre las momias* (*My New Year's eve among the mummies*) de Grant Allen, *Café negro* (*Black coffee*) de Jeffery Farnol, *Un profesor de egiptología* (*A Professor of Egyptology*) de Guy Boothby, *El anillo de Thot* (*The ring of Thot*) y, sobre todo, *El lote 249* (*Lot no. 249*) de Conan Doyle. Éste último, para mí, el mejor relato del género, y el que seguramente más influyó en los cineastas que sucesivamente abordaron el argumento de la momia resucitada. Aunque tampoco podemos olvidar novelas como *La joya de las siete estrellas* (*The jewel of seven stars*), de Bram Stoker.

No obstante, la primera momia regresada a la vida en la literatura había vuelto precisamente de la mano de Edgar Allan Poe. Hablamos de *Conversaciones con una momia* (*Some words with a mummy*), publicado en la *American Weekly Review* en 1845. Un irónico relato en el que un grupo de estudiosos reaniman a una momia mediante la electricidad.

Como decíamos, en esta vorágine de pesadillas llegadas del Antiguo Oriente predomina el regusto egipcio. No obstante también podemos encontrar algún relato de

<sup>16</sup> Herminia Gil Guerrero, *Poética narrativa de Jorge Luis Borges*, Ediciones Iberoamérica/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 2008, p. 23-24. El mismo trabajo llama la atención sobre la tendencia de ambos autores, aunque más marcada en Borges, a recurrir a las reflexiones metafísicas en sus ensayos sobre literatura (*Ibid.*, p. 24-25).

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 26-27.

<sup>18</sup> Quizá un texto no demasiado conocido en España, pero que fue publicado por la editorial Valdemar hace unos años (Edgar Hoffman Price, *Amantes desde la tumba*, VV AA., *Maestros del terror de Arkham House*, Valdemar, Madrid, 2003, p. 285-314).

terror inspirado en la antigua Mesopotamia. Un excelente ejemplo es *Algo viejo (Something old)*, escrito por Mary Elizabeth Counselman en 1950. Se trata de una historia espeluznante en la que, por error, un joven desposa a su mujer colocando en su dedo un improbable “anillo de compromiso babilónico” que le presta su tío y padrino de bodas, conservador de museo de profesión. Un anillo que llevaría la no menos improbable inscripción cuneiforme “¡mía, amantísima; mía por toda la eternidad!”. El anillo se aferra al dedo de su nueva propietaria salvajemente, hasta hacerle sangre. En su noche de bodas, aprovechando una momentánea ausencia del marido, la joven esposa es visitada por un monstruo aparentemente zoomorfo que la viola. Finalmente se descubre que el anillo, que esconde un compartimento secreto con un cabello humano y un pelo animal, restos de una inusual pareja de amantes, perteneció a una sierva del dios Baal Peor. La novia, especialmente sensible, habría revivido el encuentro de la antigua propietaria del anillo con el dios en lo alto de una torre. O bien sería una reencarnación de aquella joven babilonia. Por tanto el relato, anacronismos aparte, se inspira en la hierogamia; en el encuentro que tenía lugar entre una sacerdotisa, que encarnaba a Inanna, y el dios, encarnado en el soberano, en una cámara especialmente habilitada en lo alto del zigurat -según cuenta Heródoto, I 181-182, al respecto del zigurat de Bel-Marduk en Uruk-. Aunque en el relato este ritual se mezcla y confunde con la prostitución sacra; con la obligación de ciertas sacerdotisas de entregarse en el templo a cualquiera que pagase la cifra estipulada. De hecho, siguiendo los testimonios posteriores de Heródoto I 199 y Estrabón, XVI 1 20 -no necesariamente fiables-, lo que se describe es una práctica en la que todas las recién casadas habrían de entregarse, antes que a sus maridos, al primer desconocido que les arrojase dinero en el templo. Si bien a veces el propio dios reclamaba este privilegio...

Aunque sin duda buen conocedor de ella, Borges no se conformó con seguir la tradición literaria que había hecho del Próximo Oriente Antiguo paradigma y metáfora de exotismo, misterio e incluso terror. Él concedió a este mundo su propio valor semántico; uno más acorde con la compleja personalidad del autor y su no menos compleja obra.

Naturalmente alguien como Borges no se podía quedar en lo meramente anecdótico que predominaba en la visión de Oriente que sus predecesores habían dado hasta el momento. Y es que la literatura fantástica de Borges en modo alguno apela a los miedos irracionales, sino todo lo contrario. Hombre y escritor filosófico<sup>19</sup>, atraído por la metafísica<sup>20</sup> y la psicología<sup>21</sup> y, también, barroco<sup>22</sup> -aunque con el tiempo acabó

<sup>19</sup> Lector asiduo de los grandes filósofos, se declaraba, sin embargo, incapaz de “pensamiento filosófico”: “se me han ocurrido fábulas con temas filosóficos, pero no ideas filosóficas” (Borges el memorioso, op. cit., p. 142-43). Sostiene Vargas Llosa que en Borges siempre hay un nivel lógico y conceptual al que está subordinado todo lo demás (James Woodall, op. cit., p. 32).

<sup>20</sup> Se ha llegado a afirmar que Borges hizo de la metafísica “una rama de su estética, de su concepto de lo que es el lenguaje y la literatura” (Arturo Echevarría, *Lengua y Literatura de Borges*, Iberoamérica/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 2006, p. 45). Muy revelador resulta el siguiente pasaje de Tlön, Uqbar, Orbis Tertius: “Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica”.

<sup>21</sup> Quizá por influjo paterno, pues hay que recordar que las preferencias del padre de Borges como lector se centraban en los libros de estas dos disciplinas. Y que de hecho, además de abogado, fue profesor de psicología en el Instituto de Lenguas Vivas. Por otro lado, curiosamente, se sintió fascinado también por los autores que trataban sobre civilizaciones orientales, como Lane, Burton -con su traducción de *Las mil y una noches* que tanto admiró posteriormente su hijo- o Pane (María Esther Vázquez, op. cit., p. 30).

<sup>22</sup> Se me ocurre que, quizá, porque él mismo no creía poseer el manejo habilidoso de las palabras y la gramática: “No, yo no creo tenerlo. Yo soy un escritor... un escritor torpe, premioso. No escribo de un modo cómodo, de un modo espontáneo. A mí me cuesta mucho llegar al primer borrador. Y luego otros me dan mucho trabajo. Ciertamente, no soy un escritor diestro” (Borges el memorioso, op. cit., p. 307).

considerando este rasgo como un defecto<sup>23</sup> y consiguió, si no erradicarlo, sí reducirlo-, Borges se recrea en la incertidumbre de lo humano, en la angustia del tiempo y en la ansiedad de lo inescrutable.

### LA INNOVACIÓN BORGEANA: MESOPOTAMIA REVISITADA

Indudablemente Borges, autor nada dado a las frivolidades, se acerca al Próximo Oriente Antiguo con su proverbial espíritu erudito y crítico; sin dejarse arrastrar por el exotismo y pintoresquismo tan al gusto de sus queridos autores de terror en lengua inglesa.

Borges no escoge Mesopotamia como paradigma de lo exótico y misterioso, o incluso amenazador por ajeno. Decide hacer exactamente lo contrario: sobre ella lanza una mirada introspectiva. En el *Poema de Gilgamesh*, que formó parte de su *Biblioteca Personal*, cree reconocer una historia de siempre. Quizá Borges se vio facilitado para comprenderlo gracias a su creencia en una humanidad unitaria, o más bien en su nula creencia en la humanidad en tanto concepto abstracto. Borges sólo cree en lo concreto, lo único real para él. Así, comentando sus versos “*Un solo hombre ha nacido, un solo hombre ha muerto en la tierra*”, de su poema *Tú*, el autor decía: “*Claro. Porque si lo único real son los individuos, entonces... la historia universal, por ejemplo, es falsa. Porque se habla de países, se habla de naciones, que no han existido nunca. Lo que existe es cada individuo*”<sup>24</sup>. De hecho en ese poema, en *Tú*, los últimos versos nos evocan precisamente el núcleo central del *Poema de Gilgamesh*, el hombre que, tras haber encontrado un compañero, bajará a los infiernos en el vano intento de salvarle de la muerte. Lo que, al tiempo, no deja de significar salvarse a sí mismo de la muerte: “*Hablo del único, del uno, del que siempre está solo*”<sup>25</sup>. En la presentación de sus Obras Completas, dedicando las palabras a su madre, escribía: “*Quiero dejar escrita una confesión, que a un tiempo será íntima y general, ya que las cosas que le ocurren a un hombre le ocurren a todos*”<sup>26</sup>. Lo que concuerda con la

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>25</sup> A esa soledad vital que suele ser una constante en la obra borgeana alude de forma especialmente conmovedora *La casa de Asterión*. Todo el relato, aunque quizá de especial forma en concreto: “*Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo.*”

<sup>26</sup> “*Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres*”, afirma en *El inmortal* ese tribuno romano suyo que a lo largo de los siglos tantas experiencias protagoniza en los más diversos lugares, que tantos hombres ha sido hasta lograr alcanzar de nuevo la mortalidad. Y esa afirmación quizá sea aún más cierta en el caso de los escritores, que en el fondo son siempre todos sus personajes y que se nutren no sólo de sus propias experiencias sino también de las de sus semejantes: “*Sentí, en la última página, que mi narración era un símbolo del hombre que yo fui, mientras la escribía y que, para redactar esa narración, yo tuve que ser aquel hombre y que, para ser aquel hombre, yo tuve que redactar esa narración, y así hasta lo infinito*”, escribe Borges en *La busca de Averroes*. Por otro lado, “*Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres*”, afirma el autor en *La forma de la espada*. Y de algún modo es ésta también una de las conclusiones que se extraen de su relato *Historia del guerrero y la cautiva*, en la que el apego que desarrolla hacia su nuevo hogar y sus nuevas gentes y costumbres una mujer inglesa raptada por los indios se pone en paralelo con la fascinación que siente el guerrero lombardo Droctulft por Rávena, en cuya defensa muere tras haberla asediado. Y acaba el relato: “*Mil trescientos años y el mar median entre el destino de la cautiva y el destino de Droctulft. Los dos, ahora, son igualmente irrecuperables. La figura del bárbaro que abraza la causa de Rávena, la figura de la mujer europea que opta por el desierto, pueden parecer antagónicos. Sin embargo, a los dos los arrebató un ímpetu secreto, un ímpetu más hondo que la razón, y los dos acataron ese ímpetu que no hubieran sabido justificar. Acaso las historias que he referido son una sola historia. El anverso y el reverso de esta moneda son, para Dios, iguales*”. Obsérvese también el siguiente fragmento de *Tema del traidor y del héroe*: “*Kilpatrick fue asesinado en un teatro; la policía británica no dio jamás con el matador; los historiadores declaran que ese fracaso no empaña su buen crédito, ya que tal vez lo hizo matar*

melancolía de los siguientes versos, de *La noche que en el Sur lo velaron*: “Me conmueven las menudas sabidurías / que en todo fallecimiento se pierden”. Comentaba el autor al respecto: “Bueno, eso yo lo he usado mucho después. Con cada hombre mueren muchas cosas. Digamos que se pierden para siempre”<sup>27</sup>.

En realidad muchos investigadores se han percatado de cómo el panteísmo parece permear toda la obra de Borges, dejando huellas más o menos evidentes aquí y allá por su prosa. Dentro de ese sistema de pensamiento, cualquier identidad personal queda anulada en favor de una entidad superior que las contiene.

Escribía Octavio Paz, a la muerte de Borges, en su artículo *El arquero, la flecha y el blanco*<sup>28</sup>:

“Tal vez la literatura tiene sólo dos temas: uno, el hombre con los hombres, sus semejantes y sus adversarios; otro, el hombre solo frente al universo y frente a sí mismo. El primer tema es el del poeta épico, el dramaturgo y el novelista; el segundo, el del poeta lírico y metafísico. En las obras de Borges no aparece la sociedad humana ni sus complejas y diversas manifestaciones, que van de amor de la pareja solitaria a los grandes hechos colectivos. Sus obras pertenecen a la otra mitad de la literatura y toda; ellas tienen un tema único: el tiempo y nuestras renovadas y estériles tentativas por abolirlo. Las eternidades son paraísos que se convierten en condenas, quimeras que son más reales que la realidad. O quizá debería decir: quimeras que no son menos irreales que la realidad.

A través de variaciones prodigiosas y de repeticiones obsesivas, Borges exploró sin cesar ese tema único: el hombre perdido en el laberinto de un tiempo hecho de cambio que son repeticiones, el hombre que se desvanece al contemplarse ante el espejo de la eternidad sin facciones, el hombre que ha encontrado la inmortalidad y que ha vencido la muerte pero no al tiempo ni a la vejez.”

Ese tiempo que tan relativo puede llegar a ser, que pareciera jugar con el hombre, ese tiempo impenetrable se revela con especial peso y ferocidad en *El milagro secreto* o en *El jardín de los senderos que se bifurcan*. El argumento de realidades diversas en tiempos paralelos o “qué hubiera pasado si...” aparece en *El Sur*, en el que el protagonista, hospitalizado, comprende que la mejor forma de morir habría sido, de haber encontrado el valor entonces, aceptar un duelo a cuchillo tiempo atrás. Y sea sueño o realidad, pues las fronteras entre ambos nunca parecen firmes en Borges, así le concede el autor poner punto y final a su historia. Lo mismo le sucede en *La otra muerte* a Pedro Damián, que tras comportarse como un cobarde en el campo de Masoller y arrastrar una vida miserable, al final vuelve a aquel lugar en el que todo dio un vuelco y muere, en plena juventud, luchando con honores en la batalla de su deshonra. Lo más curioso es que en este caso el responsable del milagro de la redención es Dios:

---

la misma policía. Otras facetas del enigma inquietan a Ryan. Son de carácter cíclico: parecen repetir o combinar hechos de remotas regiones, de remotas edades. Así, nadie ignora que los esbirros que examinaron el cadáver del héroe hallaron una carta cerrada que le advertía el riesgo de concurrir al teatro, esa noche; también julio César, al encaminarse al lugar donde lo aguardaban los puñales de sus amigos, recibió un memorial que no llegó a leer, en que iba declarada la traición, con los nombres de los traidores. La mujer de César, Calpurnia, vio en sueños abatida una torre que le había decretado el Senado; falsos y anónimos rumores, la víspera de la muerte de Kilpatrick, publicaron en todo el país el incendio de la torre circular de Kilgarvan, hecho que pudo parecer un presagio, pues aquél había nacido en Kilgarvan. Esos paralelismos (y otros) de la historia de César y de la historia de un conspirador irlandés inducen a Ryan a suponer una secreta forma del tiempo, un dibujo de líneas que se repiten. [...] Piensa en la transmigración de las almas, doctrina que da horror a las letras célticas y que el propio César atribuyó a los druidas británicos; piensa que antes de ser Fergus Kilpatrick, Fergus Kilpatrick fue Julio César”.

<sup>27</sup> Borges el memorioso, op. cit., p. 176.

<sup>28</sup> En la revista *Vuelta* 117, México, agosto de 1986.

“En la hora de su muerte suplicó a Dios que lo hiciera volver a Entre Ríos. Dios vaciló un segundo antes de otorgar esa gracia, y quien la había pedido ya estaba muerto, y algunos hombres lo habían visto caer. Dios, que no puede cambiar el pasado, pero sí las imágenes del pasado, cambió la imagen de la muerte en la de un desfallecimiento, y la sombra del entrerriano volvió a su tierra.”

Parece que si bien Borges no pudo escapar a su suerte y enmendar su propio infortunio, sí permitió que algunos de sus personajes lo hiciesen. Por muy cruda que se revele la realidad, un autor tiene siempre la posibilidad de verter sus sueños y esperanzas en su obra.

Es Borges, como Gilgamesh, como cada uno de nosotros, un hombre en busca de respuestas; un hombre indefenso, perdido en el incomprensible laberinto existencial que a todos nos desborda. Ese laberinto que el autor recorre una y otra vez en sus relatos –*La Biblioteca de Babel, La casa de Asterión, La muerte y la brújula, El inmortal, El jardín de los senderos que se bifurcan, Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto, Los dos reyes y los dos laberintos...*– y que según María Esther Vázquez pudo tomar forma en su mente infantil a través de un grabado del laberinto de Creta que el autor habría visto de niño en un libro<sup>29</sup>. Más allá de lo anecdótico del hecho, el significado del laberinto es evidente. Borges parece vivir asediado por el ansia. Y sus dos obsesiones, el espejo y el laberinto, se unen en una pesadilla recurrente de la que habla en su vejez: el escritor pasa de un cuarto a otro, todos idénticos, que acaban conformando un laberinto infinito del que no puede escapar<sup>30</sup>. Imposible no recordar los versos de Allan Poe, uno de los autores más admirados por Borges, de su poema *Un sueño dentro de un sueño (A dream within a dream)*: “*Todo lo que vemos o parecemos / no es más que un sueño en un sueño*” (*All that we see or seem / Is but a dream within a dream*).

Borges parece convencido de que su destino está predeterminado y nada puede hacer contra eso: “*Un hombre se confunde, gradualmente, con la forma de su destino; un hombre es, a la larga, sus circunstancias*”, afirma en *La escritura de Dios*. Por eso, en lugar de intentar cambiar el rumbo de su vida, se deja arrastrar: lamenta no haber sido feliz<sup>31</sup> y, en la última etapa de su vejez, en varias conversaciones privadas con amigos reproducidas por

<sup>29</sup> María Esther Vázquez, *op. cit.*, p. 37. Aunque luego también menciona un grabado de un laberinto de Piranesi que Borges tenía colgado en casa (*Ibid.*, p. 174), y en efecto éste aparece en *There are more things*. En concreto en el laberinto de *La biblioteca de Babel*, escrito mientras trabajaba como bibliotecario, dejaría su huella la desafortunada experiencia de su paso por la Biblioteca Miguel Cané.

<sup>30</sup> María Esther Vázquez, *op. cit.*, p. 174. La circunstancia es muy similar a la que acontece en *La escritura de Dios*, donde el protagonista escucha una voz al despertar de una pesadilla: “*Alguien me dijo: "No has despertado a la vigilia, sino a un sueño anterior. Ese sueño está dentro de otro, y así hasta lo infinito, que es el número de los granos de arena. El camino que habrás de desandar es interminable, y morirás antes de haber despertado realmente"*”. Ambos elementos, el laberinto y el espejo, se combinan también en *La biblioteca de Babel*.

<sup>31</sup> Y pareciera como si el Borges anciano hubiese llegado a la conclusión de que esa desdicha se debiese en parte al enfrascamiento excesivo en los libros, en detrimento de la vida:

*He cometido el peor de los pecados  
que un hombre puede cometer. No he sido  
feliz. Que los glaciares del olvido  
me arrastren y me pierdan, despiadados.*

*Mis padres me engendraron para el juego  
arriesgado y hermoso de la vida,  
para la tierra, el agua, el aire, el fuego.  
Los defraudé. No fui feliz. Cumplida*

María Esther Vázquez, se declara un pobre hombre que nada puede hacer por evitar cuanto le disgusta; las cosas que hizo y no deseaba hacer o las que deseaba hacer y no hizo<sup>32</sup>... Un acercamiento fatalista a la realidad que en mucho me recuerda al pensamiento del antiguo hombre mesopotámico<sup>33</sup>.

Borges está encerrado en su propio laberinto del que no logra escapar; en su insatisfactoria vida. Y ésta se acaba convirtiendo en una prisión en la que la desventura y la ansiedad se multiplican como en el laberinto de *El inmortal*. O muy especialmente, como en el laberinto de *La casa de Asterión*, en el que el solitario minotauro, rechazado por todos y perdido en soliloquios o diálogos con huéspedes imaginarios, espera a su redentor Teseo. Y a la espada, a la liberación que ésta supone, se entrega con mansedumbre y gratitud. La misma literatura se convierte en un laberinto: en la propia estructura de sus relatos, siempre compleja e incluso engañosa, el autor, consciente o inconscientemente<sup>34</sup>, reproduce su tela de araña, reflejo seguramente del laberinto anímico. Parece que a Borges ya sólo le quedase esperar la muerte.

En *El inmortal*, que por fondo y forma, centrado en el tema del viaje y la búsqueda, asemeja especialmente al *Poema de Gilgamesh*, Borges recuerda que el destino del hombre

---

*no fue su joven voluntad. Mi mente  
se aplicó a las simétricas porfías  
del arte, que entreteje naderías.*

*Me legaron valor. No fui valiente.  
No me abandona. Siempre está a mi lado  
La sombra de haber sido un desdichado.*

Me pregunto si otra huella de este amargo descubrimiento no habrá quedado en *El informe de Brodie*, cuando Borges explica como los Yahoos escogen a sus reyes: “Cada niño que nace está sujeto a un detenido examen; si presenta ciertos estigmas, que no me han sido revelados, es elevado a rey de los Yahoos. Acto continuo lo mutilan (*he is gelded*), le queman los ojos y le cortan las manos y los pies, para que el mundo no lo distraiga de la sabiduría. Vive confinado en una caverna, cuyo nombre es Alcázar (Qzr), en la que sólo pueden entrar los cuatro hechiceros y el par de esclavas que lo atienden y lo untan de estiércol”.

Muy reveladora resulta también la siguiente reflexión del protagonista de *Deutsches requiem*: “En el primer volumen de “*Parerga und Paralipomena*” releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas; esa teleología individual nos revela un orden secreto y prodigiosamente nos confunde con la divinidad”.

<sup>32</sup> En *La biblioteca de Babel* el autor escribe “La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma”. Ese género de pesimismo vital lo destila también el desenlace de *La escritura de Dios*, cuando el protagonista, tras haber descifrado el misterio de la todopoderosa escritura divina, se siente tan derrotado que decide no usarlo: “Que muera conmigo el misterio que está escrito en los tigres. Quien ha entrevisto el universo, quien ha entrevisto los ardientes designios del universo, no puede pensar en un hombre, en sus triviales dichas o desventuras, aunque ese hombre sea él. Ese hombre ha sido él, y ahora no le importa. Qué le importa la suerte de aquel otro, qué le importa la nación de aquel otro, si él, ahora, es nadie. Por eso no pronuncio la fórmula, por eso dejo que me olviden los días, acostado en la oscuridad”. Como si ya fuese demasiado tarde: para él ya no hay salvación y, por tanto, qué puede importar la salvación ajena.

<sup>33</sup> El mismo Borges declara en *La lotería de Babilonia*: “El babilonio no es especulativo. Acata los dictámenes del azar, les entrega su vida, su esperanza, su terror pánico, pero no se le ocurre investigar sus leyes laberínticas, ni las esferas giratorias que lo revelan”.

<sup>34</sup> “Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.”, escribe en el epílogo de *El hacedor*.

es la muerte: “*Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos: estaré muerto*”, dice su protagonista, que ha recorrido un largo viaje, también vital, como Gilgamesh, para aprender o aceptar esa sencilla e ineludible certeza. Para comprender que la inmortalidad priva de la identidad humana.

Gilgamesh busca respuestas como las busca Borges, pero al hombre no le es dado desvelar los misterios de la existencia. Por eso en *La biblioteca de Babel*, tras el entusiasmo inicial al pensar los hombres que si el compendio del universo está recogido en una biblioteca el conocimiento es posible, los exploradores que buscan respuestas caen en el desaliento e incluso la locura<sup>35</sup>:

*“Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono. El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza. En aquel tiempo se habló mucho de las Vindicaciones: libros de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir. Miles de codiciosos abandonaron el dulce hexágono natal y se lanzaron escaleras arriba, urgidos por el vano propósito de encontrar su Vindicación. Esos peregrinos disputaban en los corredores estrechos, proferían oscuras maldiciones, se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban los libros engañosos al fondo de los túneles, morían despeñados por los hombres de regiones remotas. Otros se enloquecieron... Las Vindicaciones existen (yo he visto dos que se refieren a personas del porvenir, a personas acaso no imaginarias) pero los buscadores no recordaban que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna pérfida variación de la suya, es computable en cero.*

*También se esperó entonces la aclaración de los misterios básicos de la humanidad: el origen de la Biblioteca y del tiempo. Es verosímil que esos graves misterios puedan explicarse en palabras: si no basta el lenguaje de los filósofos, la multiforme Biblioteca habrá producido el idioma inaudito que se requiere y los vocabularios y gramáticas de ese idioma. Hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan los hexágonos... Hay buscadores oficiales, inquisidores. Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; hablan de una escalera sin peldaños que casi los mató; hablan de galerías y de escaleras con el bibliotecario; alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.*

*A la desaforada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva.”*

En *La biblioteca de Babel* encontramos también ecos del fruto prohibido, el acceso a la sabiduría que sólo Dios o los dioses pueden ostentar<sup>36</sup>:

*“También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del Hombre del Libro. En algún anaquel de algún hexágono (razonaron los hombres) debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese funcionario remoto. Muchos peregrinaron en busca de Él. Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar el venerado hexágono secreto que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: Para localizar el libro A, consultar*

<sup>35</sup> Con la locura se paga también la búsqueda del conocimiento de Dios en *El zahir*.

<sup>36</sup> En el Génesis, efectivamente, el fruto representa el sumo conocimiento. No obstante en los textos mesopotámicos encontramos paralelos en los que la tentación, el objeto ambicionado, que curiosamente también es de naturaleza vegetal, toma la forma de otro atributo divino: el de la eterna vida o eterna juventud en el Poema de Gilgamesh y el de la capacidad de engendrar, de dar la vida, en *Etana*.

previamente un libro B que indique el sitio de A; para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito... En aventuras de éstas, he prodigado y consumido mis años. No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses ignorados que un hombre - ¡uno solo, aunque sea, hace miles de años! - lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique.”

Sin embargo “Los dioses que lo edificaron estaban locos”, asegura el protagonista de *El inmortal* al contemplar uno de los edificios de la Ciudad de los Inmortales. Luego no se puede llegar a descifrar la mente divina. En ese sentido el laberinto en la obra borgeana también simboliza en ocasiones, como en *La biblioteca de Babel*, la sabiduría divina o la inexpugnabilidad -los libros se repiten en un desorden que, por repetido, se convierte en un orden, en el Orden- de esa ilimitada sabiduría divina<sup>37</sup>. Un argumento que ampliaría después Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, con su laberíntica y casi infinita biblioteca. La idea de que el libro -en tanto compendio de la sabiduría<sup>38</sup> y por tanto también sinónimo de la mente divina<sup>39</sup>- y el laberinto son la misma cosa se desarrolla sin tapujos en *El jardín de los senderos* que se bifurcan, donde la casualidad y la causalidad se confunden.

Esta idea queda aún más patente, si se quiere, en *El milagro secreto*, cuando su protagonista, un escritor judío que ha caído en manos de la Gestapo, sueña que se ha ocultado en la biblioteca del Clementinum, en la que encuentra a un bibliotecario ciego:

“Un bibliotecario de gafas negras le preguntó: ¿Qué busca? Hladík le replicó: “Busco a Dios. El bibliotecario le dijo: Dios está en una de las letras de una de las páginas de uno de los cuatrocientos mil tomos del Clementinum. Mis padres y los padres de mis padres han buscado esa letra; yo me he quedado ciego, buscándola”. Se quitó las gafas y Hladík vio los ojos, que estaban muertos.”

En *La escritura de Dios*, exaltando el colmo de lo absurdo y lo arbitrario, el protagonista, tras largos estudios, descubre que el mensaje divino, el plan divino, está escrito sobre el jaguar, en las manchas de su pelaje...

Y como la mente divina es impenetrable, también lo es el mundo que ésta ha creado,

<sup>37</sup> Ilimitada como las páginas de *El libro de arena* o como las piedras que se reproducen mágicamente en *Tigres azules*.

<sup>38</sup> De toda la historia del pensamiento, en realidad, comprendidas las falacias. Como se indica en *La biblioteca de Babel*: “No hay en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos. De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito”.

<sup>39</sup> *La biblioteca de Babel*: “Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo, que da toda la vuelta de las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras, oscuras. Ese libro cíclico es Dios”. El Libro como metáfora de la mente divina, de los pensamientos de Dios, aparece también en *La busca de Averroes*: “Optó por musitar que con el Señor están las llaves de las cosas ocultas y que no hay en la tierra una cosa verde o una cosa marchita que no esté registrada en Su Libro”.

en el que el hombre se encuentra perdido como dentro de un laberinto<sup>40</sup>: el mundo es caos y por lo tanto el hombre, por mucho que se esfuerce, se descubre incapaz de ordenarlo y comprenderlo mediante su intelecto. Una de las escuelas de pensamiento de Tlön declara, por ejemplo, que “*ha transcurrido ya todo el tiempo y que nuestra vida es apenas el recuerdo o reflejo crepuscular, y sin duda falseado y mutilado, de un proceso irrecuperable*”. Pero es que, como descubrirá finalmente el lector, incluso Tlön es un mundo ilusorio inventado por un grupo de intelectuales que lo refrendan mediante una enciclopedia totalmente inventada. Y ese mundo será aceptado, estudiado y admirado después como ejemplo real en escuelas y círculos cultos... La crítica se diría demoledora: un mundo imaginario urdido por un hombre es capaz de invadir el mundo real hasta hacerlo desaparecer.

Borges, que tanto temía y odiaba los espejos, debió de sentirse identificado también con la perplejidad que hubo de experimentar Gilgamesh al encontrarse ante Enkidu, un oponente idéntico a él. El conocido rechazo de Borges hacia los espejos fue racionalizado después por el autor mediante una explicación de naturaleza metafísica:

*“Yo conocí de chico ese horror de una duplicación o multiplicación espectral de la realidad, pero ante los grandes espejos. Su infalible y continuo funcionamiento, su persecución de mis actos, su pantomima cósmica, eran sobrenaturales entonces, desde que anochecía. Uno de mis insistidos ruegos a Dios y al ángel de mi guarda era el de no soñar con espejos. Yo sé qui los vigilaba con inquietud”*<sup>41</sup>.

Pero el hecho es que Borges, ya de niño, temía los espejos. “*Siempre tuve miedo de los espejos. Cuando era niño tenía en mi habitación tres grandes espejos que me inspiraban gran miedo porque, a la tenue luz del cuarto me veía tres veces y temía mucho el pensamiento de que quizá esas tres formas pudieran comenzar a moverse por sí mismas... Siempre de tenido miedo de los cristales y hasta del agua límpida*”, declara durante una charla en el Instituto de Artes Contemporáneas de Londres en 1971<sup>42</sup>. En 1967 había concretado más sus temores infantiles indicando que “*temía verse repetido*”<sup>43</sup>. Experiencia que acontece una y otra vez en sus relatos e incluso en algunas de sus poesías, ya sea mediante el recurso del espejo, gracias a la explicación fácil del sueño o sin explicación lógica aparente. En *El Otro*, por ejemplo, el Borges anciano coincide en un banco con el Borges casi adolescente, que se muestra escéptico respecto la identidad de su interlocutor. Esa extraña ficción le sirve al autor para analizar los enormes cambios que se producen a lo largo de una vida –naturalmente el Borges anciano comprueba enseguida que apenas tiene nada en común con el que fue: ni formación, ni gustos literarios...-. Pero no deja de reflejar al tiempo, formalmente, una obsesión recurrente.

Pocos años después Borges escribiría su cuento *25 de agosto, 1983*, en el que la experiencia del desdoblamiento se vuelve más dramática. El Borges de 1960, al ir a firmar en el registro del Hotel Las Delicias de Adrogué, descubre su firma aún fresca. En la habitación se encuentra con un Borges veinte años mayor<sup>44</sup>, el Borges de 1983, la fecha

<sup>40</sup> *Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto*: “*Un fugitivo no se oculta en un laberinto. No erige un laberinto sobre un alto lugar de la costa, un laberinto carmesí que avistan desde lejos los marineros. No precisa erigir un laberinto, cuando el universo ya lo es*”. Y también, en *La casa de Asterión*, el laberinto del solitario minotauro es “*del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo*”.

<sup>41</sup> En *Los espejos velados*.

<sup>42</sup> James Woodall, *op. cit.*, p. 54.

<sup>43</sup> Richard Burgin, *Conversations with Jorge Luis Borges*, Souvenir Press, 1973, p. 34.

<sup>44</sup> Desdoblamiento astutamente anunciado por el recurso del espejo: “*Fui caminando hasta el hotel. Sentí, como otras veces, la resignación y el alivio que nos infunden los lugares muy conocidos. El ancho portón estaba abierto; la quinta, a oscuras. Entré en el vestíbulo, cuyos espejos pálidos repetían las plantas del salón*”.

elegida para su suicidio. Cuando el Borges de 61 años entra en la habitación constata que el Borges de 84 ha vaciado ya el frasco de veneno. La escena sería, según el Borges de mayor edad, producto de su último sueño.

La fecha del 25 de agosto de 1983 preocupó mucho a sus amigos, convencidos de que el autor podría poner en práctica su ficción literaria. Lo cierto es que, según testimonios muy cercanos a él, en 1934, el día de su treinta y cinco cumpleaños, lo había intentado ya. Llegó a comprar un revólver, con el que se desplazó al pueblo de Adrogué. Pero ni siquiera en la botella de ginebra que llevó consigo encontró las fuerzas; el autor reconoce que no tuvo valor para matarse y se limitó a un llanto frustrado<sup>45</sup>.

Borges, obsesionado por los sueños, que se convierten en una constante literaria, seguramente supo apreciar la importancia que adquiere la revelación onírica en el *Poema de Gilgamesh*. Así parecería corroborarlo el que abriese su *Libro de los sueños* precisamente con la historia de Gilgamesh –que cuenta con bastante rigurosidad–. Lo que se ve justificado por el sueño premonitorio que la madre del héroe interpreta para él y que anuncia la llegada del rival Enkidu.

Respecto a su aversión hacia los espejos, quizá tenga que ver con un íntimo sentimiento de ser inadecuado<sup>46</sup>. Borges se muestra muy seguro de sí mismo en el plano intelectual, pero analizando su vida se podría llegar a la conclusión de que no lo estuvo tanto en otros aspectos. Quizá de ahí, por ejemplo, sus problemas para relacionarse con las mujeres o esa timidez extrema que aprendió a vencer a partir de comenzar su carrera como conferenciante. Como decíamos, Borges desde tierna edad parece infinitamente más familiarizado con los libros que con las personas; con la literatura que con la vida. De hecho hay quienes afirman que pareciera como si hubiese llegado a creer que su vida era literatura, lo que se liga a la afirmación de una carencia absoluta de espíritu práctico que también le atribuyen algunos biógrafos. Para Borges la realidad son los libros, como demuestra el comienzo de *La biblioteca de Babel*: “*El universo (que otros llaman la Biblioteca)...*”.

Además es probable que alguien tan racional como Borges, esencialmente escéptico, desconfiase de la objetividad de los sentidos. Como parece corroborar la frecuencia con la que en sus relatos la frontera entre el sueño y la realidad se desdibuja. Uno de los casos más evidentes y explícitos es sin duda *25 de agosto, 1983*, con su lapidaria frase final “*Afuera me esperaban otros sueños*”<sup>47</sup>. Como revelan *Las ruinas circulares*, hasta lo que parece realidad irrefutable puede demostrarse un sueño: debemos desconfiar de nosotros

<sup>45</sup> María Esther Vázquez, *op. cit.*, p. 146-47.

<sup>46</sup> Reveladoras podrían resultar las palabras del Borges de menor edad cuando, interrogado por el Borges de 84 años en *25 de agosto, 1983* sobre el motivo por el cual parecen incomodarle sus palabras, éste responde: “*Porque nos parecemos demasiado. Aborrezco tu cara, que es mi caricatura, aborrezco tu voz, que es mi remedo, aborrezco tu sintaxis patética, que es la mía*”. Y sigue el cuento: “*Yo también –dijo el otro–. Por eso resolví suicidarme*”. Me pregunto si Borges no le habrá prestado algunos de sus sentimientos al protagonista de su relato *El indigno*: “*Todos nos parecemos a la imagen que tienen de nosotros. Yo sentía el desprecio de la gente y yo me despreciaba también. En aquel tiempo, y sobre todo en aquel medio, era importante ser valiente; yo me sabía cobarde. Las mujeres me intimidaban; yo sentía la íntima vergüenza de mi castidad temerosa. No tenía amigos de mi edad*”.

<sup>47</sup> Es decir, la realidad resulta una quimera engañosa: cuando el Borges de 61 años abandona el presunto sueño en el que ha visto suicidarse al Borges de 84 para regresar finalmente a la realidad, sólo encuentra ante sí más sueños. Pensemos también en *El zahir*: “*Según la doctrina idealista, los verbos vivir y soñar son rigurosamente sinónimos; de miles de apariencias pasará a una; de un sueño muy complejo a un sueño muy simple. Otros soñarán que estoy loco y yo con el Zahir. Cuando todos los hombres de la tierra piensen, día y noche, en el Zahir; ¿cuál será un sueño y cuál una realidad, la tierra o el Zahir?*”. La literatura borgeana está plagada de ejemplos, como en *La espera*, donde al protagonista lo matan los mismos desconocidos que lo han matado una y otra vez en una pesadilla recurrente.

mismos, que podríamos ser sencillamente un sueño soñado por otro<sup>48</sup>. La idea de que los hombres podrían ser producto el sueño de Dios se repite en *El milagro secreto*, donde su protagonista, un escritor judío detenido por la Gestapo, le pide a Dios el tiempo suficiente para acabar su obra:

*“Pensó que aun le faltaban dos actos y que muy pronto iba a morir. Habló con Dios en la oscuridad. “Si de algún modo existo, si no soy una de tus repeticiones y erratas, existo como autor de Los enemigos. Para llevar a término ese drama, que puede justificarme y justificarte, requiero un año más. Otórgame esos días, Tú de Quien son los siglos y el tiempo”.”*

Es igualmente posible que alguien tan racional temiese cualquier género de experiencia que pudiese implicar una pérdida de control sobre sí mismo: ante el espejo dejamos de ser amos de nuestra propia imagen; se diría ésta independiente, ajena a nuestra voluntad. Esta hipótesis parece concordar con sus declaraciones sobre lo que le horrorizaba verse sacado de su yo mediante el alcohol, las drogas o el sexo. Eso por no hablar de la frase *“los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres”*, que el escritor atribuye a un personaje al comienzo de su relato *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*<sup>49</sup>.

## REFLEJOS MESOPOTÁMICOS EN LA OBRA DE BORGES

Como recordábamos al comienzo de esta exposición, los topónimos Babilonia y Babel forman parte de dos de los títulos más famosos de Borges: *La biblioteca de Babel* y *La lotería de Babilonia*. No obstante, aunque más difícil de percibir, la huella de Mesopotamia imprimió carácter en otro relato cuyo título nada revela acerca del lugar ni las fuentes que lo inspiraron. Se trata de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*.

En *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, Borges hace que su compañero Bioy Casares sitúe Uqbar en Irak: *“Bioy, un poco azorado, interrogó los tomos del índice. Agotó en vano todas las lecciones imaginables: Ukbar, Uqbar, Ookbar, Oukbahr... Antes de irse, me dijo que era una región del Irak o del Asia Menor”*. En el cuento Borges y Casares buscan Uqbar en la *The Anglo-American Cyclopaedia* de 1917, que sería una edición pirata neoyorquina de la conocida *Encyclopaedia Britannica*, en concreto de la edición número once de 1911<sup>50</sup>. Pero en un primer momento no encuentran dicha entrada. Dice Borges

<sup>48</sup> Reflexión que, unida al regusto al Génesis que destila el cuento y a determinadas frases de la obra – *“Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas”*–, me hace imaginar posibles interpretaciones en clave psicoanalítica y preguntarme en qué medida Borges quizá viviese siempre a la sombra de las expectativas de sus padres, del padre muerto y de la madre viva con la que convivió hasta la muerte de ésta; esperando la aprobación de esos progenitores que tantas esperanzas habían puesto en un hijo al que consideraron especialmente brillante.

<sup>49</sup> Por otra parte todo el relato *La secta del Fénix* habla sobre un rito que se evita nombrar y que se diría incluso vergonzoso: *“He merecido en tres continentes la amistad de muchos devotos del Fénix; me consta que el secreto, al principio, les pareció baladí, penoso, vulgar y (lo que aún es más extraño) increíble. No se avenían a admitir que sus padres se hubieran rebajado a tales manejos. Lo raro es que el Secreto no se haya perdido hace tiempo; a despecho de las vicisitudes del orbe, a despecho de las guerras y de los éxodos, llega, tremendamente, a todos los fieles. Alguien no ha vacilado en afirmar que ya es instintivo”*. Un rito, en definitiva, que parecería aludir al sexo.

<sup>50</sup> Esta ingeniosa ficción tan propia de un bibliófilo y bibliotecario era perfectamente creíble, pues por aquel entonces en efecto proliferaron este género de copias en América (Nicolás Helft, *History of The Land Called Uqbar*, Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges, n. 15 (2003) p. 14-17).

que en las últimas páginas del volumen XLVI dieron con un artículo sobre Upsala y en las primeras del XLVII, con uno sobre *Ural-Altaic Languages*. Casares busca todas las variaciones fonéticas que se le ocurren y, frustrado, abandona explicándole a Borges que se trata de una región de Irak o Asia Menor. La cuestión es que al día siguiente Casares llama a Borges y le dice tener delante la entrada que pareció escapárseles mientras revisaban juntos, y dice estar viéndola en el volumen XXVI de esa misma enciclopedia. Es entonces cuando se descubre que las cuatro páginas que componen esa entrada habían sido intercaladas sólo en algunos ejemplares, como el que tiene Casares en casa. En el ejemplar de Casares se había añadido entre las entradas *Upsala* y *Ural-Altaic Languages*, las mencionadas en el relato, una entrada referente a la ciudad de Uqbar.

Para inventar esa ficticia ciudad de Uqbar Borges pudo haberse inspirado en la antigua Ur, que efectivamente aparece mencionada en varios artículos de la Enciclopedia de 1911. Una de las que Borges, tan aficionado a las enciclopedias, tenía en su casa.

De su amigo el pintor Xul Solar dice Borges en su texto *Laprida 1214*, recogido en *Atlas*: “No he conocido una biblioteca más versátil y más deleitable que la suya. Me dio a conocer la “Historia de la Filosofía” de Deussen, que no empieza, como las otras, por Grecia sino por la India y la China y que consagra un capítulo a Gilgamesh”. “Casualmente” en la biblioteca de Xul Solar, el pintor amigo de Borges, figuraba la obra de Leonard Woolley, *Ur of the Chaldees: A Record of Seven Years of Excavation*, que parece haber sido precisamente regalo de Borges<sup>51</sup>. Nicolás Helft propone que las excavaciones arqueológicas mencionadas al final del texto *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, en las que se encuentra entre otros objetos una máscara de oro, sean una idea sugerida precisamente por la lectura de la obra de Woolley<sup>52</sup> —recordemos lo entusiasta que se muestra Woolley con los restos materiales hallados en las tumbas reales de Ur, lo que no es de extrañar pues la riqueza y belleza de algunas de sus piezas siguen llamando la atención—. Por ello, como propusiese ya Nicolás Helft, quizá no sea casual que Borges termine el relato con una referencia al *Urn Burial*<sup>53</sup>. Otra pista que relaciona Uqbar con Mesopotamia es el sistema sexagesimal del que se habla en el texto.

Eso por no mencionar las pistas fonéticas que parece haber dejado Borges a lo largo del relato. Un mecanismo utilizado también, curiosamente, por los sumerios. Se diría, por ejemplo, llamativo que el autor opte por el empleo de un término alemán como *Ursprache*<sup>54</sup>. Según Borges incluso existiría el vocablo *ur* en el dialecto local, con el significado “la cosa producida por sugestión, el objeto educido por la esperanza”, que habría servido para nombrar al objeto idealista por excelencia del mundo de Tlön<sup>55</sup>. Unos juegos de palabras, en definitiva, que podrían haber sido del gusto de los propios sumerios, tan proclives a recrearse en la ambigüedad fonética especialmente en sus adivinanzas y proverbios; a hacer uso de los homófonos o a emplear palabras cuyos sonidos evocasen a otras.

Ciertamente Borges estaba al corriente de la existencia de Ur, y en el compendio de su obra aparecen otras alusiones a la ciudad. Además citas explícitas se pueden encontrar otras dos veces: “Ha soñado la primer mañana de Ur” —dice en *Alguien sueña*<sup>56</sup> refiriéndose

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>54</sup> En *El idioma infinito*, recogido en *El tamaño de mi esperanza* y considerado precursor de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, Borges se refiere al prefijo alemán *ur* “que aleja las palabras con su sentido primordial y antiquísimo”.

<sup>55</sup> Estos detalles llamaron ya la atención de Nicolás Helft, *op. cit.*, p. 17.

<sup>56</sup> Recopilado en *Obras Completas* vol. 3, Emecé editores, Buenos Aires, 1996, p. 471.

al Tiempo, quien obviamente sueña todo cuanto ha sido- y “*Un antiguo crepúsculo de Ur de los Caldeos*” -en el poema *Susana Bombal*<sup>57</sup>-.

Tampoco se puede obviar que existió una ciudad llamada ‘Ukbarâ, fundada a orillas del Tigris, entre Samarra y Bagdad. No obstante la ciudad es medieval y aunque su historia bien podría haber llamado la atención de Borges, siempre tan interesado por los argumentos religiosos<sup>58</sup>, lo cierto es que resulta difícil probar que el autor tuviese acceso a las fuentes en las que podría haber llegado a encontrar información sobre la misma<sup>59</sup>. En cualquier caso los tentáculos del erudito y bibliófilo Borges eran muy largos, y pudo haber si no poseído sí consultado muchos libros de los que no estamos al corriente. De hecho solía ser muy hermético con sus fuentes, y nunca daba respuestas claras cuando se le interrogaba sobre las mismas. Es más, como hemos tenido ocasión de comprobar, gustaba de jugar voluntariamente al despiste, incluso inventando fuentes falsas o tergiversando algunos datos sobre las mismas; lo suficiente como para mantenerlas bien ocultas.

### HUELLAS DEL PRÓXIMO ORIENTE EN LA NARRATIVA BORGEANA: FUENTES

El conocimiento adquirido por Borges sobre el mundo próximo-oriental proviene de varias vías: de la Biblia, de obras de la cultura árabe que se materializan fundamentalmente en *Las mil y una noches* -Borges declaraba tener varias ediciones, entre las cuales la traducción del Capitán Burton, la de Lane<sup>60</sup> y la de Weil al alemán. Y justificaba la abundancia por su afición a que le contasen buenos cuentos<sup>61</sup>-, de obras de ámbito hebreo, en especial de la Cábala, y de material estrictamente mesopotámico, en concreto el *Poema de Gilgamesh*.

Recordemos que si bien Borges no fue creyente, la religión le interesó, igual que la filosofía, como pretexto literario; por las posibilidades estéticas que ambas disciplinas ofrecen en especial para el género fantástico. De hecho para Borges la Biblia es una maravillosa obra de género fantástico y Dios, su mejor creación<sup>62</sup>. La inclinación recurrente de Borges hacia la Biblia -que se evidencia en multitud de relatos, como *La secta de los treinta*, *Las tres versiones de Judas*, *Los teólogos*, *El evangelio según San Marcos...*-, la Cábala -que de una u otra forma inspiró relatos como *El acercamiento a Almutasim*, *Las ruinas circulares*, *El Zahir*, *El Aleph*

<sup>57</sup> En *El oro de los tigres*, *Obras Completas* vol. 2, Emecé editores, Buenos Aires, 1996, p. 472.

<sup>58</sup> De allí parte un movimiento considerado herético por el judaísmo oficial, ya que se vinculó al karaísmo. Esta corriente seguía estrictamente el texto bíblico y rechazaba la tradición rabinica del Talmud, así como cualquier interpretación o fuente oral.

En realidad otra circunstancia podría haber llamado la atención de Borges: *Abū al-Baqā’ al-‘Ukbarī* (1143 - 1219), gramático y jurista cuya familia procedía de este pueblo, a pesar de que él nació y se crió en Bagdad. Borges fácilmente podría haberse sentido identificado con una figura así, por su amor hacia el estudio, los libros y la lengua. Pero es que además sabemos que ambos compartieron alguna circunstancia más en común: la viruela dejó ciego a *Abū al-Baqā’ al-‘Ukbarī* de niño.

<sup>59</sup> Quizá se podría postular la *Jewish Encyclopedia*, que se publicó en Nueva York entre 1901 y 1906, y en la que efectivamente existía una entrada “*onkarites*” que reenviaba a la entrada “*Meshwi Al-ukbari*”, fundador de la secta. Se ha propuesto también una ciudad argelina, ‘Uqbâr, situada en el Atlas. No obstante la primera edición de *Encyclopedia of Islam* (1913–1936), supuesto que Borges hubiese tenido acceso a la misma, no contenía referencias a ‘Uqbâr.

<sup>60</sup> Con la que comienza *El informe de Brodie*.

<sup>61</sup> *Borges el memorioso*, *op. cit.*, p. 50.

<sup>62</sup> Cuando Ernesto Sábato le pregunta en una entrevista por qué escribía tantas historias de carácter teológico, Borges responde: “*Es que creo en la teología como literatura fantástica. Es la perfección del género*” (J. L. Borges y E. Sábato, *Diálogos*, Emecé, Buenos Aires, 1976, p. 34). “*La Biblia más que un libro, es una literatura*”, asegura Borges (*Literaturas germánicas medievales, Obras completas en colaboración*, Emecé, Buenos Aires, 2001, p. 864).

y *La escritura de Dios*. Y así, según diversos autores, hasta cincuenta en los que podemos encontrar su influencia- o los argumentos de naturaleza religiosa en general –como en *El golem*, *El milagro secreto*, *La muerte y la brújula*, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, *Los teólogos*, *El indigno...*– o constituyen una búsqueda religiosa. Así como sus constantes alusiones filosóficas no siempre implican, necesariamente, una inquietud filosófica o metafísica. Borges se sumerge en estos argumentos y maneja las fuentes relacionadas con un interés puramente metodológico y hermenéutico. En definitiva, es la búsqueda en sí lo que le interesa<sup>63</sup> y no sus presuntos frutos, ante los que se muestra hartó escéptico.

Por eso precisamente la Cábala atrae a Borges. Los cabalistas buscaban, mediante combinaciones hermenéuticas, acceder al sentido primigenio de la escritura, acercarse a la divinidad por el perfeccionamiento del conocimiento de su obra y del instrumento de su obra: el lenguaje sagrado. Para ello combinaban términos, números, interpretaciones... Tras la Cábala existe todo un aparato racional sin duda muy del gusto de nuestro autor.

Borges se revela paradigma de sincretismo. Cuando, partiendo de su verso “Bibliotecas orientales y occidentales” –de su poema *Mateo*, XXV, 30–, Carrizo le pregunta de qué cultura se considera heredero, Borges contesta:

“¿Yo? De todas. Sí. Hasta donde llega mi conocimiento. Pero yo creo que, sobre todo, hay dos. Que son Grecia y . . . Israel. Pero. . . ¿por qué negar otros países? ¿Por qué negar a la China, al Japón? ¿Y al Islam, también? Bueno, el Islam procede de Israel, desde luego.”. Cuando el entrevistador indaga más a fondo él puntualiza que no menciona a Roma por ser una “extensión” de Grecia. Borges afirma “Yo diría que todos los hombres occidentales, digamos, son esencialmente judíos y griegos. Porque sin la Biblia no existiríamos; sin Platón y sin los “presocráticos”, tampoco.”<sup>64</sup>

“De manera tal que para usted hay dos o tres libros realmente clásicos: la Biblia y algunos griegos”, indaga Carrizo. “Sí. Pero al mismo tiempo, pienso en *Las mil y una noches*. Claro que *Las mil y una noches* son del Islam y el Islam es de Israel. Es decir, *Las mil y unas noches* continúan la Biblia, de algún modo. Y quizá la Biblia sea más extraordinaria para nosotros que *Las mil y una noches*, actualmente”, es la respuesta de Borges<sup>65</sup>.

Por tanto, a diferencia de lo que sucede con muchos otros intelectuales, el camino natural de Borges hacia lo próximo-oriental no es exactamente la Biblia. O al menos no lo es desde el acercamiento típico de un creyente. Borges, que se declara agnóstico<sup>66</sup>, se aproxima a los textos bíblicos, al Antiguo y al Nuevo Testamento, de una forma muy personal<sup>67</sup>, como demuestra su *Fragmento de un Evangelio Apócrifo*. En él, como el propio

<sup>63</sup> En *La rosa de Paracelso* leemos “El camino es la Piedra. El punto de partida es la Piedra. Si no entiendes estas palabras, no has empezado aún a entender. Cada paso que darás es la meta”.

<sup>64</sup> *Borges el memorioso*, op. cit., p. 55.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 55-56.

<sup>66</sup> Cuando se le pregunta sobre el verso “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ven a Dios”, Borges responde: “Bueno, ahí... Yo no sé, me parece que ese verso está puesto. . . no sé. . . para no ser demasiado agresivo, ¿no? Pero no estoy seguro de que Dios exista o de que sea visible” (*Borges el memorioso*, op. cit., p. 135). Si bien la madre de Borges era católica practicante, su padre se declaraba agnóstico y rechazaba que sus hijos fueran adoctrinados por la religión del Estado. “Yo no tengo ninguna teoría del mundo. En general, como yo he usado los diversos sistemas metafísicos y teológicos para fines literarios, los lectores han creído que yo profesaba esos sistemas, cuando realmente lo único que he hecho ha sido aprovecharlos para esos fines, nada más. Además, si yo tuviera que definirme, me definiría como un agnóstico, es decir, una persona que no cree que el conocimiento sea posible” (María Esther Vázquez, op. cit., 1977).

<sup>67</sup> El propio Borges reconocía, en concreto cuando se le hacía comentar el verso “Dichosos los que saben que el sufrimiento no es una corona de gloria”: “Así que este poema viene a ser anticristiano, de algún modo, ¿no? Sí, me doy cuenta. Es esa idea tan elemental: que se ha olvidado de que la felicidad es superior a la desdicha” (*Borges el memorioso*, op. cit., p. 134).

autor confiesa, la lección es más de índole ética que moral<sup>68</sup>, y a menudo discrepa de las palabras puestas en boca de Cristo:

*Desdichado el pobre en espíritu, porque bajo la tierra, será lo que ahora es en la tierra.*

*Desdichado el que llora, porque ya tiene el hábito miserable del llanto.*

*Dichosos los que saben que el sufrimiento no es una corona de gloria.*

*No basta ser el último para ser alguna vez el primero.*

*Feliz el que no insiste en tener razón, porque nadie la tiene o todos la tienen.*

*Feliz el que perdona a los otros y el que se perdona a sí mismo.*

*Bienaventurados los mansos, porque no condescienden a la discordia.*

*Bienaventurados los que no tienen hambre de justicia, porque saben que nuestra suerte, adversa o piadosa, es obra del azar, que es inescrutable.*

*Bienaventurados los misericordiosos, porque su dicha está en el ejercicio de la misericordia y no en la esperanza de un premio.*

*Bienaventurados los de limpio corazón, porque ven a Dios.*

*Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque les importa más la justicia que su destino humano.*

*Nadie es la sal de la tierra, nadie, en algún momento de su vida, no lo es.*

*Que la luz de una lámpara se encienda, aunque ningún hombre la vea, Dios la verá.*

*No hay mandamiento que no pueda ser infringido, y también los que digo y los que los profetas dijeron.*

*Los actos de los hombres no merecen ni el fuego ni los cielos.*

*No odies a tu enemigo, porque si lo haces, eres de algún modo su esclavo.*

*Tu odio nunca será mejor que tu paz.*

*Si te ofendiere tu mano derecha, perdónala; eres tu cuerpo y eres tu alma, y es arduo, o imposible, fijar la frontera que los divide...*

*No exageres el culto de la verdad; no hay hombre que al cabo de un día, no haya mentido con razón muchas veces.*

*No jures, porque todo juramento es un énfasis.*

*Resiste al mal, pero sin asombro y sin ira.*

*A quien te hiriere en la mejilla derecha, puedes volverle la otra, siempre que no te mueva el temor.*

*Yo no hablo de venganzas ni de perdones; el olvido es la única venganza y el único perdón.*

*Hacer el bien a tu enemigo puede ser obra de justicia y no es arduo; amarlo, tarea de ángeles y no de hombres.*

*Hacer el bien a tu enemigo es el mejor modo de complacer tu vanidad.*

*No acumules oro en la tierra, porque el oro es padre del ocio, y éste, de la tristeza y del tedio.*

*Piensa que los otros son justos o lo serán, y si no es así, no es tuyo el error.*

*Dios es más generoso que los hombres y los medirá con otra medida.*

*Da lo santo a los perros, echa tus perlas a los puercos; lo que importa es dar.*

*Busca por el agrado de buscar, no por el de encontrar...*

*La puerta es la que elige, no el hombre.*

*No juzgues al árbol por sus frutos ni al hombre por sus obras; pueden ser*

---

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 133.

*mejores o peores.*

*Nada se edifica sobre la piedra, todo sobre la arena, pero nuestro deber es edificar como si fuera piedra la arena...*

*Feliz el pobre sin amargura o el rico sin soberbia.*

*Felices los valientes, los que aceptan con ánimo parejo la derrota o las palmas.*

*Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo, porque éstas darán luz a sus días.*

*Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor.*

*Felices los felices.*

Por otro lado Borges siempre entendió la Biblia como una creación específicamente hebrea, una cultura admirada y siempre muy presente en su obra. Probablemente el acercamiento de Borges al mundo próximo-oriental se vio alentado, en buena medida, por su posible ascendencia judía:

*“Bueno, yo no sé si tengo sangre judía. Quizá la tenga, porque mi madre se llamaba Acevedo y un antepasado mío, Pinedo: son nombres judeo-portugueses. Y hay una lista de nombres judeo-portugueses en el libro de Ramos Mejía. Son familias viejas de Buenos Aires. Son, en primer término, Ocampo, que tiene mucho tipo judío; luego Sáenz Valiente; luego el nombre del autor del libro, Ramos Mejía; y luego están Pinedo, Pereyra y Acevedo. Como apellidos judeo-portugueses.”<sup>69</sup>*

En 1970, en unas declaraciones al semanario *Veja*, el autor fue más explícito todavía:

*“Yo, Borges Ramalho, descendiente de un marinero portugués y, encima de ello, con una madre de apellido Acevedo: ¿no sería judío?... Sea como fuere, estaría orgulloso de pertenecer a una de las razas civilizadas del mundo, a una rama de la humanidad que ya había inventado la historia de Job y el Cantar de los cantares mientras otros países estaban sumergidos aún en la barbarie inicial.”<sup>70</sup>*

Algunos estudiosos<sup>71</sup> consideran que una buena parte de esa atracción innegable de Borges hacia lo judío surge a partir de su encuentro con el escritor sevillano Rafael Cansinos-Asséns, de quien Borges se declaraba discípulo tras su estancia en España y su acercamiento a los círculos ultraístas de los que luego renegaría. Este autor, convencido de sus orígenes judíos, fue un ferviente difusor de la cultura hebrea a través de sus textos, y en su tiempo llegó a nutrir fama de orientalista. Su primer libro se tituló *El candelabro de los siete brazos*; pero después llegaron también, entre otros muchos, *La luminarias de Hanukáh*, *España y los judíos españoles*, *Las bellezas del Talmud* o *Cuentos judíos*. Quizá ese encuentro con Cansinos no hiciese más que reavivar una pasión que parece haberse encendido en Borges a través de una lectura de adolescencia: *El Golem* de Gustav Meyrink, y así lo reconoce el propio autor<sup>72</sup>. La impresión que debió causar dicha lectura en él resulta evidente, pues en 1958 incluso escribe un poema titulado *El Golem*. Además, a la hora de analizar ese interés por la cultura hebrea tampoco podemos despreciar la influencia de sus dos mejores amigos de la época del liceo de Ginebra, Maurice Abramowitz y Simón Jichilinski, judíos de origen polaco, pudieron haber tenido.

Borges confiesa que las primeras nociones sobre la Cábala las obtiene a través de la traducción que Longfellow realiza de la *Divina comedia* de Dante, en la que se incluyen unas páginas sobre la Cábala. Aunque también recalca que lo que más le ayudó a profundizar en ese argumento fueron sus conversaciones en Jerusalén con el profesor

---

<sup>69</sup> *Borges el memorioso*, op. cit., p. 56.

<sup>70</sup> Marcos-Ricardo Barnatán, *Borges: biografía total*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, p. 22.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 121-23.

<sup>72</sup> Roberto Alifano, *Conversaciones con Borges*, Buenos Aires, Atlántida, 1985, pp. 191-196.

G. Scholem<sup>73</sup>.

Al margen de sus ensayos sobre la Cábala –*Una vindicación de la Cábala*<sup>74</sup> y *La Cábala*<sup>75</sup>–, la frecuente presencia de elementos cabalísticos en la producción borgeana ha llamado la atención de varios especialistas. Son numerosos los artículos escritos al respecto, como los de Jaime Alazraki, o las menciones en obras centradas en la figura de Borges. El fenómeno se revela tan importante que incluso se le han dedicado extensas monografías<sup>76</sup>.

Análisis aparte merece, obviamente, el conocimiento que sobre el *Poema de Gilgamesh* pudo llegar a tener Borges.

### MÉRITOS DE MESOPOTAMIA SEGÚN LA ÓPTICA BORGEANA

Dos hechos debieron de llamar poderosamente la atención de Borges respecto a la Antigua Mesopotamia, estimulando su imaginación: la biblioteca de Assurbanipal<sup>77</sup> y el *Poema de Gilgamesh*, por el que se declaró fascinado en diversas conferencias y charlas. Borges, amante de los libros y marcado desde su infancia por la biblioteca paterna, debió de quedar impresionado con la noticia de que un soberano asirio, ya en el siglo VII a. C, se hubiese preocupado de recopilar un ingente número de tablillas.

“*Si tuviera que señalar el hecho capital de mi vida –confesó Borges–, diría la biblioteca de mi padre. En realidad, creo no haber salido nunca de esa biblioteca*”. Y de alguna forma quizá fuese cierto. Borges reconocía haber llegado a las cosas después de haber pasado por los libros, y es con éstos con quien parece entablar su más íntima relación. Borges interpretaba el mundo a través de los libros, y no viceversa como suele suceder. Lógico si pensamos que se enfrascó en la lectura de la biblioteca paterna con cuatro años de edad. James Woodall afirma, por ejemplo, que el escritor llegó a fundar su identidad en la biblioteca de su padre<sup>78</sup>, que se convertiría en algo así como su verdadera patria.

El Borges ya anciano desprecia a menudo la inmortalidad –“*yo les prometo el tedio si son inmortales*”, por citar sólo uno de tantos ejemplos–. Sin embargo cambia de idea en cuanto se le propone un paraíso en forma de biblioteca:

*Carrizo: Borges, usted alguna vez imaginó "el paraíso bajo la forma de una biblioteca".*

*Borges: Ah, eso sí.*

*Carrizo: En este caso. . .*

*Borges: Sí, bajo la especie de una biblioteca.*

*Carrizo: . . . piensa en un paraíso. . .*

*Borges: Eso sería muy lindo.*<sup>79</sup>

---

<sup>73</sup> Marcos-Ricardo Barnatán, op. cit., p. 55-56.

<sup>74</sup> En *Discusión*.

<sup>75</sup> En *Siete noches*.

<sup>76</sup> Entre las que podemos destacar: Saul Sosnowski, *Borges y la cábala: La búsqueda del Verbo*, Hispamérica, Buenos Aires, 1976; Edna Aizenberg, *The Aleph Weave. Biblical, kabbalistic and Judaic Elements in Borges*, Scripta Humanistica, Potomac, 1984 o Jaime Alazraki, *Borges and the kabbalah. And other essays on his fiction and poetry*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

<sup>77</sup> De la que habla al referirse al *Poema de Gilgamesh* en su prólogo *Bhagavad-Gita. Poema de Gilgamesh* (Biblioteca personal, Hispamérica para Orbis, 1987).

<sup>78</sup> James Woodall, op. cit., p. 54.

<sup>79</sup> *Borges el memorioso*, op. cit., p. 48.

Borges se declara cautivado por el libro, incluso por su presencia física. O más bien, por el aura que irradia, por “el alma de los libros”, como el mismo autor lo denomina en su conferencia del 9 de agosto de 1962<sup>80</sup>:

*“Quizá baste dejar escrito que el libro, como el hombre que lo creó, se compone de alma y de cuerpo. De ahí el deleite múltiple que nos brinda: felicidad de la vista, del tacto y de la inteligencia. Cada cual imagina a su modo el Paraíso; yo, desde la niñez lo he concebido como una biblioteca. No como una biblioteca infinita, porque hay algo de incómodo y de enigmático en todo lo infinito, sino como una biblioteca hecha a la medida del hombre. Una biblioteca en la que siempre quedarán libros (y tal vez anaqueles) por descubrir, pero no demasiados. En suma, una biblioteca que permitiera el placer de la relectura, el sereno y fiel placer de lo clásico, y las agradables alarmas del hallazgo y de lo imprevisto”.*

Reconocería en otra conferencia, años más tarde:

*“Yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando libros, yo sigo llenando mi casa de libros. Los otros días me regalaron una edición del año 1966 de la “Enciclopedia de Brokhouse”. Yo sentí la presencia de ese libro en mi casa, la sentí como una suerte de felicidad. Ahí estaban los veintitantos volúmenes con una letra gótica que no puedo leer, con los mapas y grabados que no puedo ver; y sin embargo, el libro estaba ahí. Yo sentía como una gravitación amistosa del libro. Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres.”<sup>81</sup>*

En *El guardián de los libros* se desarrolla la idea de que hay que salvar los libros. Hay que salvar la cultura, aunque ésta sea pobre y los libros no puedan ser leídos.

Por eso, por esa fascinación por el libro y su lectura, la pérdida de la visión fue una mayor tortura. El propio autor se refiere en sus obras a esa condena, centrándose precisamente en la dolorosa consecuencia de pasar a depender de la lectura realizada en voz alta por los demás. Así, en el *Poema de los dones*:

*Nadie rebaje a lágrima o reproche  
Esta declaración de la maestría  
De Dios, que con magnífica ironía  
Me dio a la vez los libros y la noche.*

*De esta ciudad de libros hizo dueños  
A unos ojos sin luz, que sólo pueden  
Leer en las bibliotecas de los sueños  
Los insensatos párrafos que ceden*

*Las albas a su afán. En vano el día  
Les prodiga sus libros infinitos,  
Arduos como los arduos manuscritos  
Que perecieron en Alejandría.  
De hambre y de sed (narra una historia griega)  
Muere un rey entre fuentes y jardines;  
Yo fatigo sin rumbo los confines*

---

<sup>80</sup> Recogida en el *Catálogo de la exposición de libros españoles*, Buenos Aires, octubre, 1962. E incluida después en *El círculo secreto*, aparecido tras su muerte.

<sup>81</sup> Extractos de una conferencia sobre el libro pronunciada por Jorge Luis Borges en la Universidad de Belgrano el 24 de mayo de 1978. Publicada al año siguiente en el libro *Borges oral*, Emecé Editores / Editorial de Belgrano, Buenos Aires.

*De esa alta y honda biblioteca ciega.  
Enciclopedias, atlas, el Oriente  
y el Occidente, siglos, dinastías,  
Símbolos, cosmos y cosmogonías  
Brindan los muros, pero inútilmente.*

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca  
Exploro con el báculo indeciso,  
Yo, que me figuraba el Paraíso  
Bajo la especie de una biblioteca.*

*Algo, que ciertamente no se nombra  
Con la palabra azar, rige estas cosas;  
Otro ya recibió en otras borrosas  
Tardes los muchos libros y la sombra.*

*Al errar por las lentas galerías  
Suelo sentir con vago horror sagrado  
Que soy el otro, el muerto, que habrá dado  
Los mismos pasos en los mismos días.*

*¿Cuál de los dos escribe este poema  
De un yo plural y de una sola sombra?  
¿Qué importa la palabra que me nombra  
si es indiviso y uno el anatema?*

*Groussac o Borges, miro este querido  
Mundo que se deforma y que se apaga  
En una pálida ceniza vaga  
Que se parece al sueño y al olvido.*

Por todo lo hasta aquí expuesto, al margen de la oportunidad que le ofrecía de encontrar confirmación para su teoría de que el hombre, en definitiva, es siempre uno, con una problemática sin resolver, Borges debió de quedar fascinado por la antigüedad en sí del *Poema de Gilgamesh*. Sobre todo porque él mantenía que “*los libros están cargados de pasado*” y “*si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito y nosotros*”<sup>82</sup>. Decía Borges que “*de los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación*”<sup>83</sup>. Para Borges la grandeza principal del libro reside en que es la memoria de la humanidad. De tal forma que para él leer un libro como el *Poema de Gilgamesh* sería prácticamente como acceder a toda la historia de la humanidad. Y de alguna forma esta afirmación trasciende la mera metáfora, pues en su trama Borges encuentra los argumentos

---

<sup>82</sup> De su conferencia *El libro* pronunciada por Jorge Luis Borges en la Universidad de Belgrano el 24 de mayo de 1978, recogida después en *Borges oral, op. cit.*

<sup>83</sup> De su conferencia *El libro*. Publicada en el libro *Borges oral, op. cit.*

recurrentes en las grandes tragedias que habrían de escribirse en adelante; las grandes tragedias que han marcado y siguen marcando al ser humano.

Borges comentó al respecto:

*“Tal vez no sólo cronológicamente es la primera de las epopeyas del mundo. Fue redactada o compilada hace cuatro mil años. En la famosa biblioteca de Asurbanipal doce tablas de arcilla contenían el texto. La cifra no es casual; corresponde al orden astrológico de la obra”* Y agregó: *“La triste condición de los muertos y la búsqueda de la inmortalidad personal son temas esenciales. Diríase que todo ya está en este libro babilónico. Sus páginas inspiran el horror de lo que es muy antiguo y nos obligan a sentir el incalculable peso del Tiempo.”*<sup>84</sup>

Hay una especial predisposición en Borges para sentir, en general, el peso de la Historia. También, para sentir en un lugar ajeno su historia y para emocionarse con esa experiencia. Quizá también por este motivo, esa aparente fascinación por el *Poema de Gilgamesh*:

*“Yo siento mucho el paisaje. Y la llanura la siento también. Y el mar. Y últimamente, bueno, en Islandia. . . una especie de éxtasis. Pero claro, ahí estaban también las sagas y las edades. Yo he sentido mucho todo eso. ¿Y Egipto? Egipto no lo he visto. Lo he sentido simplemente, lo cual es más que ver: simplemente, levantar un puñado de arena, pensar: he levantado. . . he modificado de algún modo el Sahara; aquí tengo el Sahara en la mano, aquí está el desierto, aquí están las arenas. O llevar la mano al agua y decir: "Bueno, lo que estoy tocando es el Nilo". Eso me ha emocionado, pero. . . profundamente. Y cuando llegué a Islandia lloré.”*<sup>85</sup>

Por otro lado, en las conversaciones mantenidas con Carrizo, Borges se lamentaba de que la literatura hubiese olvidado la necesidad de la épica –una necesidad tan humana y natural, tan inexplicable e irrefutable como el amor o la felicidad, según él; un “apetito elemental” según sus propias palabras–, mientras que el cine, especialmente géneros como el western, parecería haber recogido ese testigo<sup>86</sup>. Ese testigo que el autor considera indisolublemente vinculado al nacimiento de la propia literatura: *“todas las literaturas empiezan por la épica. No se empieza por la poesía personal y sentimental. Se empieza por la loa del coraje”*. Y eso es así desde *Gilgamesh*, puntualiza Borges, mencionado una vez más esa epopeya que tanto pareció cautivarle<sup>87</sup>. A su modo, también Borges intentaría cultivar una épica muy personal: ésa en la que exalta el valor que sus gauchos exhiben a golpe de cuchillo. Una que ensalza el atributo del que el autor se declara reiteradamente privado.

Es innegable en Borges una sensibilidad especial para apreciar las idiosincrasias de las lenguas. Lo que, en último término, significa una sensibilidad especial para advertir y respetar las peculiaridades de las culturas que han dado lugar a dichas lenguas.

<sup>84</sup> En su prólogo a *Bhagavad-Gita. Poema de Gilgamesh* (Biblioteca personal, Hyspamérica para Orbis, 1987).

<sup>85</sup> *Borges el memorioso, op. cit.*, p. 46.

<sup>86</sup> *“Bueno, cuando yo frecuentaba el cinematógrafo, cuando mis ojos podían ver, a mí me gustaban muchos dos tipos de películas: los western y las películas de “gangsters”. Sobre todo los de Josef von Sternberg. Yo pensaba: Qué raro, los escritores han olvidado que uno de sus deberes es la épica y aquí está Hollywood que, comercialmente, ha mantenido la épica. En una época en que está olvidada por los escritores; o casi olvidada. Y Hollywood ha salvado ese género. Ese género que la humanidad necesita, además. Usted ve que las películas de cowboys son populares en todo el mundo. ¿Por qué? Bueno, porque está lo épico en ellas...”* (*Borges el memorioso, op. cit.*, p. 17)

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 17.

En el cierre de su prólogo a *El oro de los tigres* Borges afirma: “*Un idioma es una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos*”. Por eso el Borges traductor tiene muy presente lo importante que resulta salvar el regusto oriental en las traducciones; no sólo ser riguroso sino también respetuosos con una idiosincrasia semítica<sup>88</sup>:

“*Y además hay otra cosa: la excelencia literaria de la Biblia inglesa, que ha sido conseguida, en buena parte, conservando los orientalismos. En castellano también. Por ejemplo, en castellano usted dice: "El cantar de los cantares" o "El cantar de cantares", un superlativo. En inglés The Song of Songs. Pero en alemán: Das Hohe Lied, "El alto cantar", que ya no tiene ese sabor oriental, ¿no? O si no, por ejemplo, en inglés usted dice: "A tower of strength", "Una torre de fuerza", "Una torre de fortaleza": eso es oriental. En cambio en la versión alemana dice: "Eine feste Burg", "Una firme ciudadela", en que se pierde todo el color oriental. Es que la Biblia de Lutero, aunque es tan importante para la evolución de la lengua alemana, es literariamente inferior a la inglesa: hecha por un grupo de obispos.*”<sup>89</sup>

Esta circunstancia, en el contradictorio Borges, es compatible con un hecho muy curioso: mientras muchos traductores han sido y siguen siendo esencialmente invisibles, las traducciones de Borges suelen estimarse tanto por su traductor como por la fama de los textos originales, hasta superarlos en algunos casos. Sus traducciones se caracterizan por su “infidelidad creadora”, que Borges argumenta en *Los traductores de las 1001 noches*. Es decir que a menudo Borges, como traductor, concede más peso a las posibilidades literarias que ofrece un texto que a su contenido y contexto.

## VALOR SEMÁNTICO DE BABILONIA EN LOS RELATOS DE BORGES

A juzgar por su obra, para Borges Babilonia, o Babel, es depositaria de toda la ciencia y de toda la banalidad de la que es capaz el ser humano. A la vez, vehículo de sabiduría y de ignorancia, de fanatismo y de templanza: un lugar idílico y, contemporáneamente, una pesadilla. Como en la Torre de Babel que nos describe la Biblia, en Babilonia se mezclan caóticamente lenguas, imágenes y textos. Babel es, en conclusión, fundamentalmente contradictoria. Y por ello, profundamente humana.

Resulta indudable que en la narrativa borgeana Babilonia y Babel, siguiendo la tradición del Antiguo Testamento, son sinónimo de confusión y desorden, como el que rige en *La biblioteca de Babel*. Pero Babilonia se convierte también en modelo de orgullo desmedido, de *hybris*, de imprudente desafío a Dios. Así en *Los dos reyes y los dos*

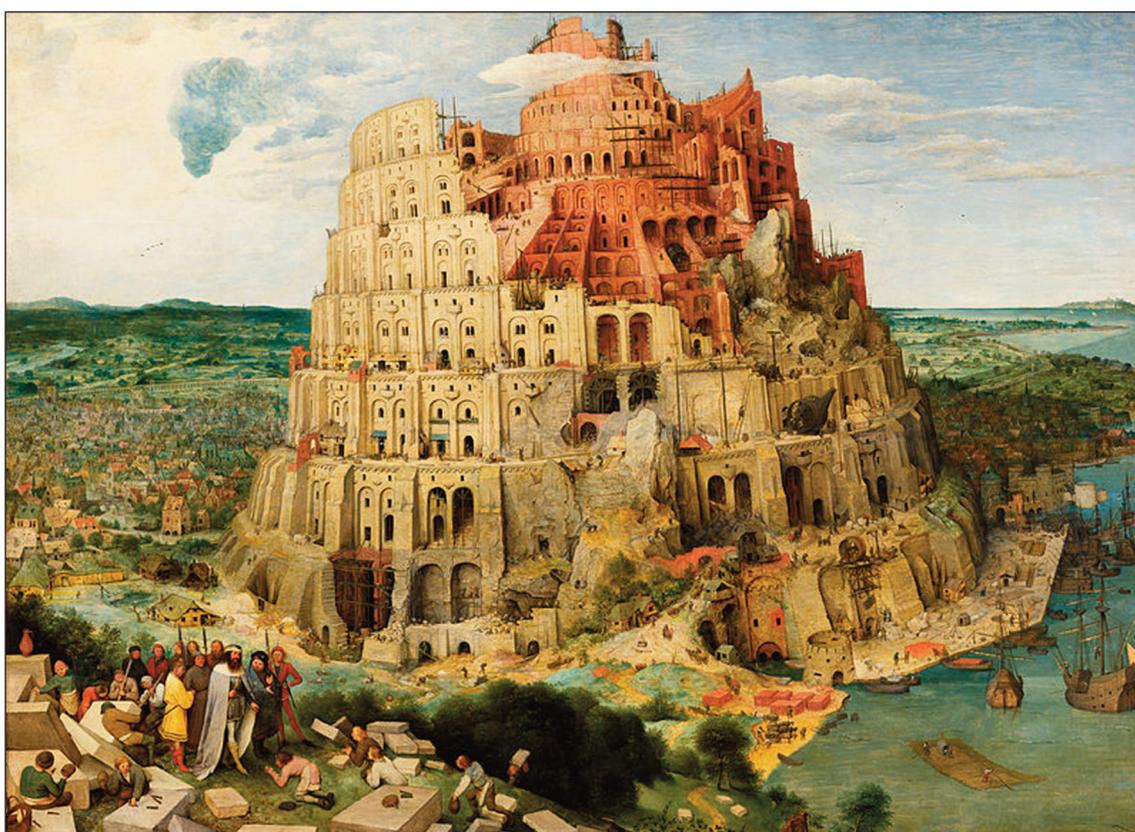
<sup>88</sup> En algunos de sus relatos Borges demuestra manejar, cuanto menos, algunos rudimentos sobre las lenguas semíticas; sobre conceptos básicos como, por ejemplo, el papel central que en ellas juega el soporte radical por lo general triconsonántico. Y parece que el autor también tiene claro cómo en el proceso evolutivo de las escrituras logográficas, al resultar imposible que cada palabra estuviese representada por un signo distinto -la proliferación hubiese sido excesiva para la memoria humana-, cada signo pasó a identificar varias palabras de un mismo campo semántico. Aunque también puede que estos conocimientos le hubiesen llegado más por el camino de las lenguas orientales.

Así, por ejemplo, en *El informe de Brodie*, al hablar de la lengua de los Yahoos, escribe: “*Cada palabra monosílaba corresponde a una idea general, que se define por el contexto o por los visajes. La palabra nrz, por ejemplo, sugiere la dispersión o las manchas; puede significar el cielo estrellado, un leopardo, una bandada de aves, la viruela, lo salpicado, el acto de desparramar o la fuga que sigue a la derrota. Hrl, en cambio, indica lo apretado o lo denso; puede significar la tribu, un tronco, una piedra, un montón de piedras, el hecho de apilarlas, el congreso de los cuatro hechiceros, la unión carnal y un bosque*”.

<sup>89</sup> *Borges el memorioso*, op. cit., p. 42.

*laberintos*, el rey de las islas<sup>90</sup> de Babilonia ordena construir un laberinto tan intrincado que nadie puede escapar de él: “*Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres*”. Y de hecho en el relato el mejor laberinto, en el que el jactancioso rey babilonio muere al final, es el desierto, obra únicamente de Dios.

La idea de que un soberano mesopotámico reciba el justo castigo por su soberbia, por intentar competir con Dios, procede obviamente del episodio de la Torre de Babel que todo el mundo conoce a través de la Biblia. No obstante, en el caso de Borges, además de hablar de una herencia directa podemos hacerlo de una herencia pasada por el tamiz de la propia literatura, en concreto de su muy admirado Chesterton, uno de sus autores favoritos. Chesterton, en *La pagoda de Babel*, relata cómo un tal sultán Aladino ordena a unos gigantes<sup>91</sup> que le construyan una suerte de altísima pagoda<sup>92</sup> que suba hasta las estrellas. Las semejanzas con el episodio de la Torre de Babel -que el mismo Chesterton reconoce en el propio texto-, en lo formal y en cuanto a significados, son evidentes. De hecho la



*La Torre de Babel, Pieter Bruegel El Viejo (1563).*

<sup>90</sup> La referencia parece muy curiosa. Me pregunto si la idea de las islas no habrá surgido en Borges recordando el comienzo del libro de Woolley, en el que el autor explica cómo las primeras ciudades sumerias surgen en el curso inferior del Éufrates, en una zona pantanosa que fue progresivamente ganada al río a medida que los sedimentos se depositaban. “*De las tierras altas de Arabia y de las regiones elevadas del Éufrates medio fueron bajando pobladores para ocupar aquellas islas... Una de éstas islas fue Ur*”, escribe Woolley en su primer capítulo.

<sup>91</sup> Que inmediatamente nos evocan los Gigantes del Génesis 6:4.

<sup>92</sup> Obsérvese que las pagodas presentan varios pisos y, por lo tanto, pueden recordar lejanamente a los zigurats.

empresa acaba con el soberano fulminado por Dios, que abre un agujero sin fondo en el que precipitar eternamente su alma. Chesterton puntualiza que, aunque se trata de una leyenda musulmana, a él no le extrañaría que en realidad fuese muy anterior a Mahoma: en clara alusión a sus raíces mesopotámicas. Curiosamente este texto de Chesterton fue incluido por Borges en su *Antología de la literatura fantástica*.

Ambos conceptos, el de la confusión y el de la desmesura, ligados al proyecto de la Torre, se funden en un documento visual: *La Torre de Babel* de Pieter Brueghel El Viejo. Me pregunto si al escribir *La Biblioteca de Babel* Borges no tendría en la cabeza, al menos en algún momento, la estructura laberíntica de la que dota Brueghel El Viejo a su Torre de Babel, construida a base de cilindros concéntricos. Laberíntica, caótica e irracional. Porque como los críticos ponen de manifiesto, el pintor refleja una obra de ingeniería descabellada, abocada al fracaso por no haber sido bien proyectada: los cimientos no están acabados, a pesar de la altura que ha alcanzado ya la torre, y los pisos no reposan sobre una horizontal sino que ascienden en espiral, provocando una presión e inestabilidad que la llevará a desmoronarse.

Pero, en los relatos de Borges, Babilonia cobra aún otro significado: en *La lotería de Babilonia*, este lugar se convertirá en paradigma de arbitrariedad, despotismo y tiranía. La Babilonia que en este texto se presenta responde, por tanto, fundamentalmente a un tópico: al modo en el que la Historia describió durante mucho tiempo un sistema político bastante complejo, mediante analogías anacrónicas y discutibles<sup>93</sup>.

En *La lotería de Babilonia* se refleja un régimen dictatorial y cruel que no sólo recurre a la cárcel, sino también a las amputaciones: “*a mi mano derecha le falta el índice*”. Los ciudadanos pasan por las experiencias más variadas porque su suerte se rige por la lotería. Sus vidas acaban dependiendo de la voluntad de una fantasmal y amenazadora Compañía, la que gobierna sus destinos según el voluble azar, pero siempre con puño de hierro. Evidentemente el relato es una crítica a los diversos sistemas políticos totalitarios que proliferaron el siglo pasado<sup>94</sup>. Totalitarismos de los que Borges, al margen del signo político al que se sintiese más cercano a lo largo de toda su vida,

<sup>93</sup> Imagen simplista y poco favorecedora que sin duda debieron de fomentar los textos y relieves reales asirios, donde la brutalidad contra el enemigo impera como elemento propagandístico. Por otro lado y más grave aún, como pone de manifiesto Mario Liverani, el estudio del Próximo Oriente Antiguo ha estado marcado durante mucho tiempo por una serie de prejuicios heredados por occidente a través de diversas vías. La fundamental y primera, claro está, es la propia Biblia, pues los hebreos que escribieron el Antiguo Testamento no pudieron mostrarse demasiado objetivos con los mismos individuos que les habían deportado. Después le siguen las fuentes clásicas: en efecto los viajeros griegos de la antigüedad, interesados como están en afirmar la superioridad cultural occidental, consolidan el mito del despotismo oriental. Así esa presunta brutalidad se opone a la civilización y democracia occidental. Y lo mismo sucede en otros ámbitos como los tecnológicos y culturales (Mario Liverani, *Antico Oriente: Storia, società, economia*, Laterza, Bari, 1988, p. 5-8). El mismo Borges, en *La lotería de Babel*, pone en boca de su protagonista: “*He conocido lo que ignoran los griegos: la incertidumbre*”.

<sup>94</sup> No parece casual que, pasado un tiempo, las multas pecuniarias para los perdedores desaparezcan y sean substituidas por las penas de cárcel. De donde nace el “*todopoder de la Compañía: su valor eclesiástico, metafísico*”. “*Algunos obstinados no comprendieron (o simularon no comprender) que se trataba de un orden nuevo, de una etapa histórica necesaria...*”. “*Una jugada feliz podía motivar su elevación al concilio de magos o la prisión de un enemigo (notorio o íntimo) o el encontrar, en la pacífica tiniebla del cuarto, la mujer que empieza a inquietarnos o que no esperábamos rever; una jugada adversa: la mutilación, la variada infamia, la muerte*”. “*Para indagar las íntimas esperanzas y los íntimos terrores de cada cual, disponían de astrólogos y de espías. Había ciertos leones de piedra, había una letrina sagrada llamada Qaphqa, había unas grietas en un polvoriento acueducto que, según opinión general, daban a la Compañía; las personas malignas o benévolas depositaban delaciones en esos sitios. Un archivo alfabético recogía esas noticias de variable veracidad*”.

abominó<sup>95</sup>. Pensemos, por ejemplo, en la crítica al nazismo de *Deutsches réquiem*. Eso por no hablar del odio que le profesó a Perón. Y si bien pareció acoger a los militares con entusiasmo, una vez comprobó los métodos que estos empleaban, no dudó en repudiarlos después en más de una entrevista.

Leyendo *La lotería de Babel*, reflexionando sobre el papel que en este relato juega el azar, no puedo evitar pensar en el sistema asirio para la elección de epónimos o *līmū* - los funcionarios paleo-asirios que les daban nombre a los años-. Y me pregunto si Borges, el erudito Borges, no habrá tenido alguna noticia al respecto...

Los epónimos asirios se elegían mediante la práctica de tirar los dados, es decir dejándolo en manos del destino. Con los dados se desarrollaron también prácticas adivinatorias. Esta especialidad mántica permitía obtener oráculos tirando los dados o *pūru*. Una costumbre que rastreamos en el mundo hebreo, en los *pūrīm* mencionados en Ester 9:26. Conservamos una tablilla de contenido psefomántico<sup>96</sup> neo-asiria, del siglo séptimo, la LKA 137<sup>97</sup>, en la que se describe de qué modo se echan dos dados, que se denominan respectivamente el “dado deseable” (*aban erēši*) y el “dado no deseable” (*aban lā erēši*)<sup>98</sup>. Lo que se hace es someter a la divinidad a un interrogatorio en el que se pretende que dé una respuesta afirmativa o negativa<sup>99</sup>. Algunos de estos dados se han conservado, como el del siglo IX a. C. mencionado en *RIMA III: 179*.



Juego de dados procedente de Ur, 2600-2400 a. C. (British Museum).

<sup>95</sup> El informe de Brodie: “Creo que con el tiempo mereceremos que no haya gobiernos”. “Para mí el Estado es el enemigo común ahora; yo querría –eso lo he dicho muchas veces– un mínimo de Estado y un máximo de individuo. Pero, quizá sea preciso esperar... no sé si algunos decenios o algunos siglos –lo cual históricamente no es nada–, aunque yo, ciertamente no llegaré a ese mundo sin Estados. Para eso se necesitaría una humanidad ética, y además, una humanidad intelectualmente más fuerte de lo que es ahora, de lo que somos nosotros; ya que, sin duda, somos muy inmorales y muy poco inteligentes comparados con esos hombres del porvenir, por eso estoy de acuerdo con la frase: “Yo creo dogmáticamente en el progreso”. (Jorge Luis Borges - Osvaldo Ferrari, *En Diálogo I*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1998, p. 220).

<sup>96</sup> Del griego *psephos* que significa “guijarro”, como los que los antiguos griegos usaban para votar.

<sup>97</sup> Erich Ebeling, Franz Köcher; Liane Rost (eds.), *Literarische Keilschrifttexte aus Assur*, Akademie-Verlag, Berlín, 1953, texto número 137.

<sup>98</sup> LKA 137:23, 27. Parece ser que, al menos en este caso, los dados eran uno de alabastro y el otro, de hematites. Es decir, uno de piedra blanca y el otro, de piedra negra. No obstante se fabricaban también dados con arcilla y astrágalos animales. En este caso el uso ritual justificaría los lujosos materiales, mientras que los dados empleados a diario en el juego habrían de ser mucho más modestos. Los sumerios realizaban ya dados con hueso animal, y los asirios emplearon comúnmente arcilla.

<sup>99</sup> Sobre el texto en cuestión y la bibliografía precedente que se ha encargado de analizar el mismo se puede consultar Cornelis Van Dam, *The Urim and Thummim: An Old Testament Means of Revelation*, Eisenbrauns, Winona Lake, Indiana, 1997, p. 40-41.

La undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica*<sup>100</sup>, la que Borges tenía en su casa y dio pie para la ingeniosa ficción de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, no menciona ninguna fuente mesopotámica bajo la entrada “dice”. No obstante sí indica que algunos dados habían sido encontrados en tumbas griegas y egipcias. Por otro lado, como ya hemos indicado, Borges conocía la obra de Woolley, *Ur of the Chaldees*, y en ella se había publicado la foto de uno de los bellos tableros de juego, taraceados en concha y piedras, que fueron encontrados en las tumbas reales (lámina Vb). Dicha pieza ha sido datada entre el 2600 y 2400 a. C. Los jugadores, dos, avanzaban por el tablero con fichas que movían según el resultado obtenido al tirar los dados, y el objetivo era llegar al lado contrario. Las casillas con rosetas representaban la buena suerte. En efecto ejemplos de este juego se encuentran ya en el 3000 a. C. y se extienden por Egipto y la India. Me pregunto, por tanto, si ese juego no pudo inspirar a nuestro autor.

Porque si hay algo a lo que Borges, ese mediocre jugador del truco<sup>101</sup>, no pudo resistirse en su faceta de escritor fue, precisamente, al juego.

## CONCLUSIONES

Es innegable que Borges recibe una vasta herencia literaria tanto de ensayistas como de narradores y poetas para los que el Próximo Oriente Antiguo había sido, de una u otra forma, fuente de inspiración y argumento. No obstante Borges, el erudito escéptico, gracias a su proverbial carácter crítico y racional, supo conceder nuevos valores semánticos a ese motivo que, en general, había acabado por convertirse en un tópico mecánicamente repetido.

Con Borges el Antiguo Oriente deja de ser un pretexto para lo exótico y se convierte en otra cara de lo cotidiano; en un inquietante y premonitorio reflejo. Y allá donde prejuicios confundieron las lenguas, poniendo el dedo más en la llaga que dividía que en la que hermanaba, el hacedor tendió nuevos puentes tejidos con letras para aproximar Oriente y Occidente: pasado y presente de un Libro que desde el *Poema de Gilgamesh* se viene reescribiendo.

...pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos y la cronología se perderá en un orbe de símbolos y de algún modo será justo afirmar que yo le he traído este libro y que usted lo ha aceptado.

A *Leopoldo Lugones*, en *El hacedor*,  
**J. L. Borges**

---

<sup>100</sup> Vol. 8, p. 176.

<sup>101</sup> Juego de cartas típicamente argentino. El truco se considera un juego mentiroso, pues en él se puede proporcionar información falsa al contrario para engañarle y sumar puntos. Borges, en diversas entrevistas, reconoció que siempre le habría gustado ser un buen jugador de truco, pero que no pasó de jugarlo mediocrementemente. Hay que tener en cuenta que en su época de juventud el juego gozaba de mucho éxito y se jugaba especialmente en las pulperías y entre amigos. Por otro lado sospecho que en su mente este juego formaba parte de un determinado estereotipo masculino caracterizado por el valor, ese estereotipo a la altura del que nunca creyó estar.